Silvia GarAz

Ahora y siempre



Ahora
y siempre

Silvia GarAz

Ahora y siempre
©Silvia GarAz, 2021

Ilustración portada: Silvia Garaz
Diseño portada y maquetación: Silvia GarAz
Imágenes: Pixabay, Freepik

Primera edición: agosto 2021

Reservados todos los derechos. Está prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito del titular del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Nota de la autora

Cuando esta historia se empezó a fraguar en mi mente no terminaban de cuadrarme algunas cosas. En mi cabeza, el lugar donde sucedía todo era la típica ciudad pequeña o pueblo grande americano que acostumbramos a ver en series y películas. Pero eso no me iba bien para las separaciones que quería hacer de colegio e instituto. Quería mostrar esas etapas de esa manera. Aquí en Bilbao (España) muchos colegios, como es el caso del que fue mío, son hasta los 16 años; después vas a un instituto a hacer bachillerato hasta los 18 y después, si quieres, la universidad. Sé que en muchos sitios en España se va al instituto desde los 12 o 14 años. Eso me lo complicaba todo en cuanto a situación e incluso época.

¿Solución? Decidí no situar la novela en un lugar real. ¿Realmente es necesario que yo diga que viven en Aranda de Duero o en Milwaukee? Creo que no. En esta historia lo que importa son los personajes, que es donde radica todo el peso. Por eso dejo la localización de este pueblo o pequeña ciudad a la imaginación del lector.

Otro dato es la situación en el tiempo. Los protagonistas nacieron en los años 1980 y 1981. La etapa del colegio se situaría entre 1994-1995, la del instituto entre 1997 y 1999 y la de la universidad entre 1999 y 2003.

Espero que esta nota sirva de ayuda durante la lectura.

También quiero dejar claro que todo lo que se narra en estas páginas es ficción. Si te ha ocurrido u ocurre algo parecido denuncia, busca ayuda. Si te sientes mal, no estás a gusto, te sientes triste, si crees que necesitas hablar con alguien, ve a un psicólogo. No es fácil, no es barato (por desgracia), pero todos deberíamos acudir a ellos. No hay nada de malo, al contrario. La salud mental debería ser una prioridad.

Nunca pensé que en la felicidad hubiera
tanta tristeza.

Mario Benedetti.

Prólogo

—No me sueltes nunca.

—Jamás. Nunca lo haré.

Pero lo hice. En el momento en el que ella más me necesitaba… la solté.

Colegio



Capítulo 1

La conocí cuando éramos apenas unos adolescentes. Ella llegó al colegio en secundaria, en un día gris y lluvioso. Llegó tímida, tapando su rostro con el pelo que lo enmarcaba.

Apenas levantó la cabeza el primer día. Solo supimos su nombre gracias a la profesora de Historia. Helena. Se llamaba Helena. «Como Helena de Troya» apostilló la profesora con una sonrisa.

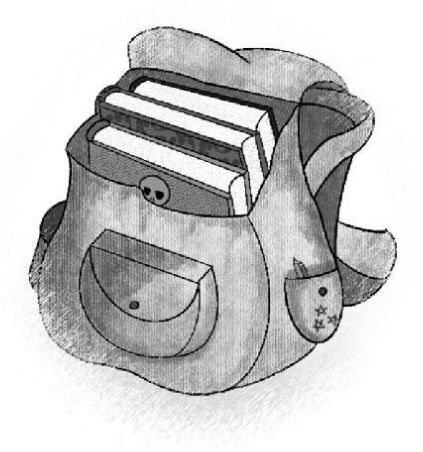
No se relacionaba con nadie, siempre estaba rodeada de libros y apenas se notaba su presencia. Salvo para mí, que no podía dejar de mirarla. La curiosidad que floreció nada más verla me atrapó. No hablo de algo físico. Era una chica delgada, demasiado tal vez; labios finos, pelo largo castaño oscuro, con flequillo y algo alborotado y siempre vestía con ropa que le quedaba grande. Una chica común, salvo por sus ojos. Tenían el color del mar, esa conjunción de azul con verde que me dejó sin respiración cuando nuestras miradas chocaron por primera vez. Diría que en esos ojos había hasta olas rabiosas.

No fue hasta una semana después que escuchamos su voz. El profesor de Matemáticas le pidió que saliera a la pizarra a hacer uno de los ejercicios que habíamos tenido como deberes el día anterior.

—No… no los tengo hechos —susurró Helena.

El maestro no le dio importancia y le pidió a otro compañero que saliese. Nadie pensó en aquello. Todo el mundo siguió como si nada, pero yo no. No era normal que un profesor se quedase tan tranquilo cuando un alumno no llevaba los deberes hechos. Es más, alguna vez alguno se quedó castigado por ello. ¿Por qué entonces con Helena no pasaba nada?

A la hora del recreo decidí acercarme a ella. La encontré tal y como la veía siempre, sentada en una esquina con un libro en la mano y otros junto a sus piernas. Ese día llevaba un vestido marrón de flores a la altura de las rodillas, medias tupidas del mismo color con algunos agujeros y unas botas muy desgastadas. También llevaba una chaqueta fina, que al quedarle grande se le caía y dejaba ver que el vestido era sin mangas. No era la mejor ropa para un otoño que estaba siendo más frío de lo normal, pero había tantas cosas que aún no sabía por aquel entonces que tampoco me paré a pensarlo detenidamente.



—Hola —dije plantándome frente a ella.

No recibí respuesta, ni siquiera levantó la cabeza. ¿No me había escuchado o es que estaba muy metida en la lectura?

—Hola —repetí alzando un poco la voz.

Entonces sí levantó la mirada. Ocurrió como la otra vez, me paralicé por unos segundos, pero fui capaz de reaccionar y ver que sus ojos, además de tener un color precioso, tenían una tristeza inmensa. Ese día las olas no estaban por ningún lado. Era un mar en calma.

—¿Puedo sentarme?

No respondió, solo hizo un gesto haciéndose a un lado para dejarme sitio.

—¿Qué lees? —pregunté.

Lo cierto es que yo no leía mucho y posiblemente no conocería el libro, pero no sabía cómo comenzar una conversación. Esta vez tampoco contestó, solo me enseñó la portada: «La isla del tesoro» de Robert Louis Stevenson. Me sonaba vagamente, pero no lo había leído.

—¿De qué va?

—Piratas —contestó secamente.

«Bueno, mejor eso que nada».

—¿Y qué hacen esos piratas?

—Navegan, viven aventuras, buscan un tesoro… Ya sabes —respondió vagamente antes de morderse el labio inferior y encogerse de hombros.

—¿Te gustaría vivir aventuras como ellos?

Se me ocurrió la pregunta de repente. No es que ella me hubiese hecho pensar nada en especial, pero me vino a la cabeza la idea de que tal vez a alguien que tiene un mar en los ojos le gustaría ser pirata y protagonista de todas esas hazañas.

Ella me miró, escrutándome en silencio, y yo, a través de sus ojos, la imaginé navegando

libre, con sombrero de capitán y la mirada oteando el horizonte buscando un nuevo botín. Una vez más no contestó, no pudo. El timbre que avisaba de que teníamos que volver a clase se lo impidió.

Se levantó, recogió sus libros y se marchó sin decir adiós.

Capítulo 2

No me rendí, eso no estaba hecho para mí. Dejé de ir con mis amigos en ese breve espacio de tiempo que teníamos para el ocio y cada día me sentaba a su lado y la veía leer. A veces intentaba hablar con ella. A veces, ella respondía con monosílabos y en otras ocasiones ni siquiera eso.

Hasta que un día me sorprendió.

—Oye Marcos… Te llamas Marcos, ¿verdad?

—Verdad —dije con una sonrisa ante su iniciativa.

Llevábamos semanas en la misma clase, pero dado que siempre parecía estar en otro lugar o mundo, no me sorprendió que no estuviese segura de mi nombre.

—¿Por qué vienes todos los días? Y… ¿por qué siempre estás sonriendo?

Pensé un rato las respuestas y no encontré una razón específica a ninguna de las dos preguntas. Simplemente había algo que me atraía hacia ella, pero no quería decírselo, no había ese tipo de confianza aún. La felicidad la había llevado siempre por bandera.

—Respecto a la primera cuestión… No lo sé —respondí con sinceridad—. Y en cuanto a la segunda… No tengo motivos para no hacerlo.

Me miró con el ceño fruncido y cara de no estar muy conforme con mis respuestas. No supe qué más añadir o si extenderme más en la explicación, así que simplemente me encogí de hombros.

—¿Te gusta leer? —me tanteó casi en un susurro.

—La verdad es que no leo mucho, solo lo que nos obligan aquí en el colegio. Creo que con todo lo que lees tú lo haces por ti y por mi —contesté soltando una carcajada.

Me sorprendió porque ella sonrió. Fue la primera vez que la vi hacerlo y duró apenas unos segundos. Fue algo fugaz. Tiempo después descubrí que debía guardar esas sonrisas como un tesoro porque Helena no era muy dada a reír.

—Bueno, puedo leerlos y luego contártelos —propuso—. O puedo leer en voz alta para ti… Si quieres.

Un ligero rubor rosado tiñó sus mejillas nada más verbalizar su idea. Una ternura que nunca había sentido palpitó en mi pecho, pero se aflojó al ver cómo ese rubor contrastaba con el oscuro bajo sus ojos. Siempre tan marcado.

—Claro que quiero —respondí.

Y así empezamos a juntarnos cada día a la misma hora. No siempre me leía. A veces me explicaba algo que había leído y me pedía opinión. En general siempre eran historias de piratas,

que descubrí que eran sus favoritas, pero, a veces, también leía historias románticas de época. De esas no me hablaba tanto, creo que porque ella misma era consciente de que cuando lo hacía dejaba ver una parte más íntima de ella. Esa que anhelaba sentir un amor así, a pesar de que sus comentarios dejaban claro que no creía que un sentimiento así existiese. Yo sí lo creía y la prueba la tenía cada vez que miraba a mis padres. En aquel tiempo no me di cuenta de que si ella no creía en ello tal vez fuese porque no había visto nunca algo ni remotamente parecido.

Pasaron los días y sentí que Helena se iba relajando. Cada vez hablaba y se expresaba más. Movía las manos, daba saltos y teatralizaba las aventuras tapándose un ojo con la mano. En esos momentos no parecía tan frágil como cuando atravesó por primera vez la puerta de clase. Parecía otra Helena.

Hasta que exploté la burbuja feliz en la que estábamos.

Decidí dar un paso más y le pregunté dónde vivía para ir algún día a buscarla e ir juntos al colegio. A la salida era imposible alcanzarla, pues siempre salía corriendo sin despedirse. El único momento que me regalaba era el de los recreos.

—No quiero que sepas dónde vivo —contestó adquiriendo un semblante más serio de lo habitual.

Tras eso estuvo unos días sin venir a clase. Pregunté a varios profesores y la respuesta siempre era la misma: «Su tutor ha llamado diciendo que está enferma». Y yo no terminaba de creerlo, algo me decía que había algo más, como siempre desde que Helena apareció en mi vida.

Capítulo 3

—Si quieres puedo dejarte los apuntes. No es que sea muy bueno cogiéndolos, pero así tendrás algo.

Eso fue lo primero que le dije cuando apareció días después. Estaba nervioso después de tanto tiempo sin verla ni hablar con ella. Y, sobre todo, estaba preocupado. Me pareció verla incluso más delgada de lo normal, más taciturna y reservada.

—Seguro que me vienen bien, aunque no creo que las apruebe todas.

Helena llegó a principios octubre, con el curso ya iniciado. No sabía de dónde venía, qué había hecho hasta entonces. Era imposible sacarle nada de su vida anterior, la de antes de aparecer en la mía y ponerla un poco patas arriba.

En diciembre, a pocos días de empezar los exámenes, es cierto que no la veía preparada. Muchas veces venía con los deberes sin hacer y no parecía darle mayor importancia. Helena seguía siendo un misterio que yo era incapaz de descifrar y eso era algo que empezaba a cabrearme. Conmigo mismo, claro.

—¿Sabes? El dos de enero es mi cumpleaños —le dije.

—¿Si? ¿Cuántos haces? Menudo día elegiste para nacer… Debiste ser un buen regalo de Navidad.

«¿Cuántos hacía?». Pensaba que al estar en el mismo curso tendríamos la misma edad. Aquella pregunta me descolocó.

—Pues… catorce. Como tú, ¿no?

—No… Yo cumpliré quince en junio —respondió bajando la mirada—. Voy algo retrasada —añadió ordenando otra vez sus libros ya ordenados.

—Vaya, no lo sabía.

—Claro, ¿cómo ibas a saberlo? —Sonrió.

«Claro».

Pero no me decía nada más, no me explicaba por qué ese retraso. Las preguntas se me amontonaban, pero por miedo a molestar no preguntaba y solo pensaba en descubrir las respuestas por mi cuenta.

—Me gustaría poder hacer algo contigo ese día —le sugerí mientras me ponía colorado. Era la primera vez que le decía algo así a una chica.

—¿Conmigo? —preguntó sorprendida.

—Sí, estaremos de vacaciones. Podríamos ir a comer una hamburguesa o tal vez prefieras dar un paseo. Te diría hasta de ir al cine, pero no sé si te gusta…

—Cine y un paseo me parece una buena opción —resumió satisfecha.

Los días pasaron igual, entre libros y conversaciones que me acercaban algo más a ella, pero sin llegar a conocerla.

El día que nos daban las vacaciones de Navidad, también nos dieron las notas. Yo aprobé todas, aunque en ninguna superaba el siete. Helena suspendió cinco asignaturas. Me ofrecí a ayudarla con los estudios, pero no aceptó mi oferta.

—Seguro que las recuperas, ya verás.

—Tengo asumido que repetiré, no pasa nada.

—No dejaremos que eso pase. Si es por lo de que no quieres que sepa dónde vives, siempre podemos hacerlo en mi casa o en la biblioteca.

No quería sonar desesperado, pero de verdad que quería ayudarla. No porque considerase que ella sola no podría, sino porque me veía capaz de serle útil y hacérselo más fácil.

—Ya hablaremos tras las vacaciones —sentenció—. Ahora ya no podemos hacer nada.

—Vale. Oye, como no hablaremos en estos días… ¿Sigue en pie lo de mi cumpleaños?

—¡Claro!

—Entonces, ¿quedamos en la puerta de los Max a las cinco? ¿Sabes dónde está?

—Sí, al lado del parque de los Infantes, ¿no? Ese con esa estatua enorme de unos niños en el centro.

—Eso es, sí. Yo invito, ¿vale?

Se marchó con otra de esas sonrisas difíciles de ver. Creo que al ser tan escasas, eran más bonitas todavía.

Capítulo 4

El día de mi cumpleaños fue uno de los días en los que más nervioso he estado en toda mi vida. Me costó convencer a mis padres de que aquel año me dejasen unas horas libres para mi encuentro con Helena. En nuestra familia era muy típico pasar las celebraciones juntos, pero creo que me vieron tan ilusionado que al final accedieron.

Miré de soslayo la bolsa que llevaba en mi mano derecha mientras esperaba a que ella llegase. ¿Le gustaría?

—No llego tarde, ¿verdad? —oí que preguntaba una voz detrás de mí.

Al girarme vi a Helena mirándome dos palmos por debajo de lo normal, con las manos en las rodillas, las mejillas arreboladas y una gota de sudor que caía por su rostro.

—Se me ha complicado el día y pensaba que no iba a llegar —prosiguió antes de tomar una gran bocanada de aire—. ¡Felicidades! ¿Qué tal con catorce?

—No te preocupes —respondí—. La verdad es que me siento igual que ayer.

Era una mentira y grande. Ese día me sentía como nunca, eufórico y no precisamente por tan señalada fecha, era porque estaba con ella haciendo algo diferente a lo habitual y fuera del colegio.

—Toma, es un regalo para ti. —Le tendí la bolsa esperando que fuese de su agrado a pesar de que su cara mostraba sorpresa y algo de temor—. Ojalá te guste.

—¿Para mí? Pero eres tú el que cumple años. Yo… Yo no tengo nada para ti… No… —balbuceó.

—Ya, pero ha sido Navidad y se me ocurrió que tal vez esto te gustaría. Te toca renovar la tuya…

Helena abrió con manos temblorosas el paquete y al ver lo que era soltó un pequeño grito. O tal vez fue un sollozo.

—Es preciosa…

Desde que vino al colegio siempre la vi cargar con una mochila rota, con una correa medio descosida y varios agujeros. Cuando vi una parecida en una librería cerca de mi casa solo pensé en que tenía que ser de ella así que entré y la compré sin pensarlo mucho. Al salir mi mente se desbloqueó y empezó a expulsar todas las dudas. ¿Le gustaría? ¿Era pronto para hacer regalos? ¿Y si la que lleva es su favorita y por eso le da igual llevarla así?

—Muchas gracias, pero no puedo aceptarla Marcos… Es demasiado.



—No es para tanto, simplemente creí que te haría ilusión. No puedes decirme que no, he perdido el *ticket* y no se puede devolver —mentí.

La vi dudar. Se mordió el labio inferior mientras miraba la mochila y después más allá por encima de mi hombro. Tras cambiar el peso de una pierna a otra finalmente me miró y asintió.

—Está bien, pero no tienes que hacer estas cosas… —concluyó—. ¿Entramos?

Vimos *Pesadilla antes de Navidad.* A Helena le gustó algo más que a mí, que en algunos momentos casi me dormí. Salimos y empezamos a pasear por la calle principal, que a esas horas estaba repleta de gente. Helena parecía estar más animada de lo normal y yo, movido por la curiosidad, quise seguir indagando para conocerla mejor.

—¿Has estudiado para las recuperaciones?

—No mucho —contestó distraída—. No creo que las vaya a aprobar…

—Bueno, para eso tendrías que estudiar. Ya te dije que te podría ayudar, no es que yo sea muy bueno, pero algo haríamos. ¿Lo has pensado?

Ella cortó la conversación mientras salía corriendo hacia un escaparate. Me frustró que hiciese eso, pero yo no me iba a dar por vencido.

—Vaya, no tienen ninguna novedad interesante…

—Tal vez el mes que viene… —declaré—. Oye, ¿por qué no quieres que te ayude? ¿Es que acaso tienes algo que hacer después de clases? Siempre sales corriendo…

—No es eso, es que no quiero que malgastes tu tiempo conmigo.

—¿Perderlo? ¡Qué va! Seguro que lo pasamos bien. Además, si quieres pasar de curso y que sigamos en la misma clase no te queda más remedio —alegué—. A mí me gustaría seguir compartiendo clase contigo.

—Vale, estudiaremos —aceptó a regañadientes—, pero solo puedo un par de horas y nunca en mi casa.

—¿Por qué?

—Eso no es cosa tuya. Podemos ir a donde quieras, menos allí.

Medité unos segundos. Estaba claro que sacar información de la vida de Helena era una misión casi imposible, así que me di por vencido. Solo por ese día.

—Está bien, será en mi casa entonces.

Eso pareció relajarla y volvió a hablarme de los últimos libros que había leído. Los había encontrado en una basura cerca de su casa. Según ella, algún desalmado los había tirado en una caja de cartón, algo impropio de alguien que ama los libros. Por un momento sentí celos de ellos, que con sus historias y peripecias tenían un acceso tan rápido a Helena. ¿Qué tendría que hacer yo para conocerla un poco más?

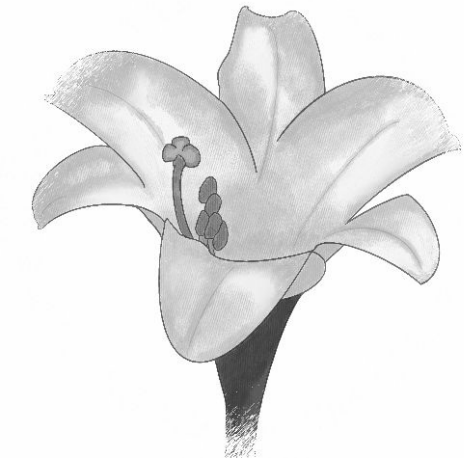
Tal vez crear nuestra propia aventura.

Capítulo 5

Días después, con el curso ya reiniciado, cometí el primer gran error de los muchos que tendría con Helena. La vuelta estaba siendo algo dura. Los profesores estaban algo más exigentes de lo normal y Helena seguía teniendo días buenos y malos. A veces me dejaba disfrutar de alguna pequeña sonrisa y otras permanecía como ausente. Físicamente estaba conmigo, pero su mente navegaba en otros mares.

Un día, tal vez fruto de la desesperación que a veces me invadía, la seguí al salir de clase. Se despidió como siempre, mientras yo fingía que todo iba bien y que guardaba mis utensilios en la mochila, pero en cuanto desapareció por la puerta fui tras ella.

Nada más salir del colegio dejó de correr, aunque mantenía un paso ligero. Llevaba su mochila nueva muy baja así que con cada paso se le movía y le iba golpeando en la zona más al sur de su espalda. Yo la seguía a varios metros de distancia, sin perderla de vista, pero manteniendo un espacio suficiente para no ser descubierto. Siguió hacia la calle principal. En ocasiones se paraba en algún escaparate, pero enseguida volvía al camino. Giró a la derecha y vi como acariciaba uno de los lirios que la florista tenía junto a la puerta. Justo cuando pasé por delante, salió y me retrasó unos segundos mientras me daba saludos para mis padres. La conocíamos muy bien pues mi padre era asiduo a la tienda. Siempre le regalaba flores a mi madre, a veces sin ningún motivo aparente, solo le gustaba hacerlo y verla feliz.



Recuperé esos segundos perdidos y vi a Helena cruzar la calle, dirigiéndose a la zona más pobre de nuestra pequeña ciudad. Allí se paró frente a una casa que en su origen parecía blanca, pero estaba bastante sucia. La vi buscar las llaves en su mochila y entrar con gesto serio.

¿Por eso no quería que supiese donde vivía? ¿Por ser la zona pobre? ¡Vaya tontería! Sospechaba, tras ver el estado de su ropa, la escasez de ella y la mochila, que a su familia no le

sobraba el dinero, pero eso no era importante para mí. Y se lo demostraría.

Al día siguiente me planté fuera de su casa con tiempo de sobra para ir al colegio. La esperé ilusionado en la puerta, listo para decirle que a mí me daba igual si era pobre o rica, era mi amiga, y eso era lo único que importaba. Sin embargo, la furia que asomó en sus ojos cuando me vio allí borró mis intenciones de un plumazo.

—¡¿Qué demonios haces aquí?! ¡Te dije que no quería que vinieses a mi casa!

Gritó aquello en medio de la calle y a mí solo se me ocurrió mirar por si alguien nos estaba observando, pero parecía que a esas horas tempranas no teníamos mucha compañía.

—Lo… Lo siento. Solo quería que fuésemos juntos a clase…

—¿Cómo sabías que vivía aquí? —me cortó.

—Ayer por la tarde te seguí… Quería saber por qué siempre sales corriendo, por qué ocultas cosas —confesé—. Se supone que los amigos se cuentan todo. ¿Es porque no tienes dinero? ¿No querías que lo supiera? A mí me da igual…

—No es eso. Solo son cosas de las que no quiero hablar y tú no lo has respetado. Eso no es ser un amigo.

Y tras decir aquello se marchó corriendo, dejándome plantado allí. Me había pasado y ella tenía razón, lo que había hecho no era de ser un buen amigo. No había respetado su petición y había puesto mis deseos por encima de los suyos, traicionando su confianza.

Para cuando quise reaccionar ya no pude encontrarla y al llegar al aula descubrí que Helena no estaba. No fue en todo el día y eso me hizo pensar que estaba muy dolida y no quería verme. Que nuestra amistad se había roto por mi culpa.

Capítulo 6

Yo no me rendía con facilidad, ya os lo he comentado. Era algo que siempre decía mi madre de mí y eso hacía que se me hinchase un poco el pecho porque lo consideraba una gran cualidad. Por eso no me iba a dar por vencido con Helena. Recordé que en uno de los recreos que compartíamos me confesó que no había visto nunca el mar y que solo podía imaginarlo por lo que leía en los libros o por lo poco que había visto alguna vez en la tele. Aproveché un fin de semana para organizar una breve excursión a la costa. Según mis cálculos, cogiendo el autobús que paraba en el centro, llegaríamos en unas dos horas o dos horas y media. Si salíamos temprano podríamos aprovechar todo el día y si no era posible siempre nos quedaría la tarde, a pesar de que aún era invierno y anochecía temprano. Menos era nada, pensé por aquel entonces.

Aquel lunes por la mañana imploré para que Helena fuese a clase y así poder darle la sorpresa. Se presentó justo cuando el timbre anunció el inicio de clase. No podía esperar al descanso, rasgué un trozo de papel y escribí:

«¿Quieres conocer el mar?»

Cuando leyó la nota me miró con cara extrañada, pero supe ver un brillo de curiosidad en esos ojos verdes.

«¿Qué dices? Ya sabes que me encantaría».

Mi respuesta no tardó en llegarle:

«Entonces el sábado a las ocho de la mañana en la parada de bus que hay cerca de la pastelería del centro».

Al leerla se giró y me negó con la cabeza. No pude saber la razón hasta que terminó la clase.

—Tengo cosas que hacer en casa, no puedo salir tan temprano —me explicó.

—Vaya, está bien, entonces… ¿A las doce te parece bien? No estaremos mucho, pero podrás ver el mar —sentencié guiñándole un ojo.

Por la tarde, nada más salir del colegio corrí a sacar los billetes. Las piernas me temblaron cuando el empleado me los dio con una sonrisa que yo intenté devolver.

Los días hasta el sábado se me hicieron eternos. A pesar de que había accedido a mi loco plan, Helena no habló mucho conmigo durante la semana. El enfado aún se le notaba, pero sabía que después de aquel día me perdonaría.

El sábado a las once y media ya estaba en la parada. Mi madre, algo preocupada por dejarme ir solo hasta nuestro destino, había insistido en venir a la estación conmigo, pero yo me negué. No quería hacer nada que pudiese sorprender para mal a Helena y sabía que no le gustaría encontrarse con mi madre sin haberla avisado antes.

Quince minutos más tarde apareció ella. Llevaba la mochila que le regalé y de la cual no se había separado desde entonces. Me saludó alzando ligeramente la cabeza.

—¡Hola!

—No sé por qué accedí a esto —murmuró.

—Porque te mueres de ganas por conocer el mar y yo voy a cumplir tu sueño.

Ella farfulló algo que no llegué a entender y asintió con la cabeza. Sabía que quería seguir mostrando esa fachada de enfadada, pero también que, en el fondo, estaba ilusionada con esta escapada.

—He traído unos bocadillos. Como no sé cuál es el plan exacto ni a dónde vamos pensé que sería bueno llevar algo de comer por si nos entra hambre.

—Yo he traído también algo, pero es más bien un postre —añadí.

Medité si enseñarle lo que era, pero decidí que era mejor esperar al momento adecuado, tal y como lo había pensado.

Al poco de llegar el autobús nos subimos y nos sentamos casi al final del todo. No iba muy lleno, pero se oían susurros de las conversaciones del resto de los pasajeros. Helena miraba por la ventana y yo la miraba a ella. Llevaba el pelo como siempre, algo alborotado, como si no se lo peinase. Así de perfil podía admirar la curva de su pequeña nariz salteada por pecas de diferentes tamaños. Mantenía la vista perdida en el paisaje de tonos verdes compuesto por pinares de diferentes alturas y frondosidad.

Era un año mayor que yo, pero parecía más pequeña. Una combinación entre una madurez impropia de su edad y la ternura e inocencia propia de una jovencita. Todo en ella seguía siendo un misterio.

—¿Cómo te lo imaginas?

—¿El mar? —preguntó y yo asentí mientras ella se encogía de hombros—. Lo he visto en los libros y un par de veces en la televisión. No es tanto la imagen del mar lo que quiero conocer, sino saber qué siento yo al verlo, olerlo y escucharlo, ¿sabes? Creo que tiene que ser algo increíble.

—Es bonito eso que dices. ¿Me contarás tus conclusiones?

—Quién sabe. Tal vez no sienta nada.

—No creo que haya nadie en el mundo que contemple algo así y se quede indiferente. Por lo menos nadie que sea humano —afirmé.

—¿Y quién te dice que yo lo sea? —preguntó mirándome a los ojos.

Y lo cierto es que no lo sabía. O sí, porque obviamente no podría ser otra cosa, pero si existiesen los seres especiales, no humanos y magníficos, estoy seguro de que Helena sería uno de ellos.

—Estamos a punto de averiguarlo.

Capítulo 7

Desde el punto donde nos dejó el autobús era imposible ver todavía el objeto de nuestro viaje. Hice una señal a Helena para que me siguiese. Había memorizado el camino después de buscarlo en un mapa que tenía mi padre de la zona, así que sabía por dónde moverme.

—¡Estamos muy cerca! —grité emocionado.

Helena no pudo evitar sonreír. Era la primera vez que la veía hacerlo desde hacía días. Desde que había estropeado nuestra amistad, pero aquello iba a cambiar.

Cerré mi abrigo a la altura del cuello, pues el viento frío de enero se hacía notar a pesar de que había salido el sol. También pude sentir el olor del salitre en mi nariz. Apenas faltaban unos metros para dar al saliente desde el que mi amiga cumpliría su sueño. Antes de girar el último bloque de casas me paré.

—¿Estás lista? —le pregunté girándome y agarrándola de los hombros.

—Estoy algo ne… nerviosa —medio tartamudeó, no sé si por el frío o por la inquietud.

—Es normal, pero cuando gires aquí los nervios desaparecerán. ¿Quieres hacerlo sola?

—No —respondió—. Quiero hacerlo contigo.

Me agarró suavemente de la mano y dio los primeros pasos. Yo la seguí muy de cerca así que pude escuchar el sonidito que produjo su sorpresa al ver por fin el mar. Tras pararse unos segundos, salió corriendo hasta el borde arrastrándome con ella sin previo aviso. Después de trastabillar por el sobresalto, me acomodé a sus zancadas y casi tuve que frenarla para que no se precipitara por el acantilado.

Una vez a su altura vi cómo una lágrima descendía por su mejilla. Estuve tentado de quitársela, pero no quise romper el momento que estaba viviendo, así que me quedé parado en silencio.



—Es realmente… imponente —dijo casi más para sí misma que para mí.

—¿Te gusta?

—Muchísimo. Es como si no tuviese fin. Por muy lejos que intente mirar parece que no acaba —susurró perdida en sus pensamientos. Entre el oleaje y su bajo tono de voz tuve que hacer esfuerzos por escucharla—. ¿Podemos bajar? Quiero verlo de cerca, sentir la arena y tocar el agua.

—Claro, aunque te aviso de que estará muy fría. —Agarré su mano otra vez y la obligué a seguirme hacia unas escaleras que con las prisas ella no había advertido—. Tenemos que bajar

por aquí. Ve con cuidado, leí en la guía que son escaleras viejas y a veces las piedras se desprenden.

Bajamos lentamente la larga escalinata y lo único que pensaba era que más tarde tendríamos que subirla.

El pequeño trozo de arena rodeado por altos riscos estaba vacío. Al otro lado del acantilado se situaba la playa más turística, pero este pequeño espacio no era tan visitado debido a las famosas escaleras.

En nuestra soledad pude ver varios troncos grandes tumbados. Pensé que nos podrían servir para cuando más tarde encendiese la pequeña hoguera. Eso si encontrábamos algo que quemar, claro.

—¿Podemos dar un paseo por la orilla? —preguntó entusiasmada.

—Sí, no es muy larga. Podemos dar un par de vueltas y después comer esos bocadillos que has traído.

No hablamos durante el paseo. Los ratos con Helena eran así. Brillaban los silencios y escaseaban las palabras, pero yo estaba contento. Esa vez me conformé con verla disfrutar de cada segundo, descubriendo pequeñas piedras entre la arena, quitándose las zapatillas para tocar con el dedo gordo del pie derecho el agua y confirmar que, efectivamente, estaba muy fría. La vi correr para que no la alcanzasen las pequeñas olas que morían en la orilla y la vi sonreír más que nunca. Pero no solo con los labios, también con los ojos.

El sol empezó a caer, otorgándonos un atardecer en tonos cálidos, a pesar del frío.

—¿Quieres que nos sentemos un rato? —pregunté con miedo a romper el momento—. Aunque antes tenemos que buscar algo que prenda y mantenga un pequeño fuego.

—Tal vez allí haya algunas ramas —respondió señalando una zona cercana a los acantilados.

Nos acercamos y encontramos algunos palos bastante secos. Volvimos a los grandes troncos. Mientras ella sacaba la comida yo me encargué de encender la hoguera. Me llevó un buen rato, aunque para ser mi primera vez no estuvo mal.

—¡Lo has conseguido! Es pequeña, pero servirá para darnos algo de calor. Ven, siéntate a mi lado.

Eso hice, aunque mantuve unos centímetros de distancia. Sin embargo, ella se juntó a mí hasta que nuestros muslos se rozaron. Helena no pareció percatarse de ello, pero a mí se me aceleró el corazón. Era la primera vez que estaba tan cerca de ella.

—Espero que te guste, lleva un poco de todo… Hasta crema de cacahuete —dijo mientras el rubor subió hasta sus mejillas.

—¡Me encanta la crema de cacahuete!

Comimos en silencio, mientras me planteé si darle ya otra sorpresa de las que tenía o esperar a más tarde. Decidí hacerlo en ese momento, porque era la parte que más reparo me daba de todo

lo que había planeado.

—Oye, tengo algo más para ti pero me da algo de vergüenza.

—¿Más? Esto ya es demasiado, no tenías que hacer nada más, Marcos…

—Lo sé, lo sé —la corté y empecé a sacar lo que tenía para ella—. En realidad, es una tontería…

Terminé de sacar el libro y se lo di. Ella lo cogió con algo de reticencia, pero lo abrió y empezó a ojear las ilustraciones del interior.

—No es una novela, pero habla sobre piratas reales y cómo vivieron. Imaginé que te gustaría. —Bajé la mirada y hundí la punta de mi bota en la arena—. Como ves es de la biblioteca. No tenía suficiente dinero para comprártelo, pero descubrí que tenían un ejemplar allí. Prometo que cuando pueda te lo regalaré.

—Marcos… Esto es demasiado. Ni siquiera sé cómo has organizado todo esto, pero…

—Todavía tenía algo de dinero de las Navidades y mi cumpleaños, pero la mayoría se fue en los billetes de autobús.

—¿Por qué has hecho todo esto? —preguntó mientras me obligaba a mirarla.

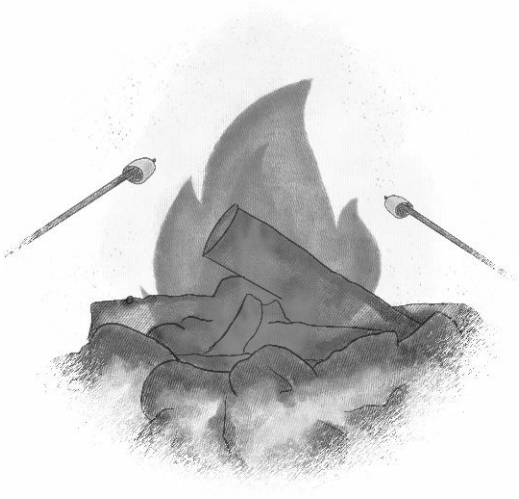
—Quería… Quiero que me perdones. Sé que no debería haberte seguido hasta tu casa, pero es que quiero saber más de ti. Somos amigos.

—Y precisamente por eso no quiero meterte en esa parte de mi vida.

Afirmé con la cabeza porque no podía hacer otra cosa. No podía obligarla a que me lo contase todo de ella.

—En realidad hace tiempo que estás perdonado. Eres lo único bueno que tengo.

Sentí un golpe de calor que nació en el pecho y después se fue expandiendo por mi cuerpo. «Lo único bueno que tengo». Esas palabras comenzaron a resonar en mi cabeza. Era bueno para ella y ser consciente de ello era mejor que saber que me había perdonado.



Terminamos el día quemando nubes en nuestra pequeña hoguera y leyendo pasajes del libro.

Barbanegra, el origen de la famosa bandera de la calavera, mujeres piratas como Anne Bonny o Mary Read… Helena comentó que ojalá hubiese habido más mujeres así, valientes, dispuestas a no seguir las normas impuestas de la época y que consideraban que estaban a la misma altura que los hombres.

Lo cierto es que allí, cerca del mar, era más fácil imaginar los barcos surcando las aguas. No había mejor final para nuestra primera aventura.

Capítulo 8

Desde aquel día en la playa, sentí que estaba más unido que nunca a Helena. Sonreía más, por lo menos en los ratos que pasábamos a solas y aceptó del todo venir a mi casa a estudiar. Me dijo que quería aprobar porque le había gustado esa idea de poder estar juntos al año siguiente.

Recuerdo la primera vez que vino a mi casa. Estaba nerviosa, se le notaba porque no dejaba de jugar con sus dedos. Cuando abrí la puerta y entré, ella se quedó parada bajo el dintel. No sé qué es lo que tanto la atemorizaba, pero le sonreí y le tendí mi mano para ayudarla. Y así lo hizo, con miedo, pero entró.

Fuimos a la cocina, donde mi madre estaba preparando la cena. Era una mujer esbelta, morena de media melena y con una sonrisa perenne en la boca. Dicen que eso lo heredé de ella y los ojos y el color rubio oscuro del pelo de mi padre. Yo no veía tales parecidos, pero supongo que en esas edades lo que menos queremos es parecernos a los padres. Una de las tantas tonterías de la adolescencia.

Mi madre, al oírnos entrar, se dio la vuelta dirigiéndome primero una mirada a mí y después a Helena.

—Bienvenidos, especialmente tú, Helena. Marcos nos ha hablado mucho de ti y ya pareces una más de esta familia —explicó con esa pausa que caracterizaba su habla. Yo me sonrojé, pues no quería que Helena pensase que me pasaba el día hablando de ella. Aunque así era—. Os he preparado un poco de zumo de frutas para que toméis mientras estudiáis, poneros cómodos y ahora os lo llevo.

Helena lo miraba todo como quien mira una cocina por primera vez. ¡Como si ella no tuviese una en su casa! El espacio era amplio, con armarios de madera clara y con una gran encimera de mármol en forma de ele que en esos momentos estaba repleta de los ingredientes que mi madre usaba para sus recetas. Le encantaba innovar y probar cosas nuevas así que era fácil encontrar productos de todo tipo, el viejo libro de recetas de la abuela o a mamá llena de harina. Por lo demás era una cocina normal. A mí me gustaba fregar los platos porque frente al fregadero había una ventana pequeña que daba al jardín y era fácil ver por ella a algunas ardillas correteando por los árboles del jardín.

Qué iluso era al no imaginar la razón real detrás del asombro de Helena.

Nos dirigimos hacia el salón y le señalé la mesa donde podríamos estudiar. Mi padre, médico de familia, llegaría tarde así que en ese momento teníamos todo ese espacio para nosotros.

—Siéntate donde quieras —dije haciendo lo propio en una de las sillas de cabecera.

—Tienes una casa increíble. Se ve que la cuidáis mucho.

—Bueno, mis padres sobre todo. Yo solo les ayudo los fines de semana. Pero supongo que es bonita, sí.

Helena no hizo más comentarios y nos pusimos a estudiar. Me sorprendió porque no tenía dificultad para retener las materias ni entenderlas, así que el motivo de sus suspensos debía ser otro.

Cuando ya llevábamos un buen rato, apareció mi madre con el zumo y un surtido de dulces que nada más verlo se me hizo la boca agua. Mi padre siempre intentaba controlar el dulce que comía, que tampoco es que fuese mucho, pero a mi madre le gustaba consentirme de vez en cuando.

—Aquí os dejo un pequeño tentempié para que cojáis fuerzas.

—Gracias, mamá.

—Gracias, señora —dijo Helena antes de dar un sorbo al zumo. Cuando acabó parecía que quería coger alguna de las galletas del plato, pero no se atrevía y mi madre se dio cuenta.

—De nada. Venga, come —dijo acercándole el plato—. Estas tienen un toque de naranja y chocolate que son mis preferidas. Pruébalas.

Y así es como las dos empezaron a hablar de dulces y recetas. Por lo visto Helena cocinaba mucho, algo que me extrañó porque no conocía a nadie de nuestra edad que cocinase. Rieron entre ellas y para cuando nos dimos cuenta, habíamos dejado el plato y los vasos limpios. Mi madre se levantó y al rato volvió con los vasos llenos otra vez.

Así pasaron los días y entre apuntes, zumos y recetas de cocina que convertimos en rutina, dimos la bienvenida a la primavera. Una tarde, en la que el calor había pegado con algo más de fuerza de lo normal, se me ocurrió que podríamos terminar algo antes el estudio y salir a pasear. A pesar de que al principio solo se quedaba dos horas, Helena cada vez fue alargando más el horario de estudio, tanto que muchas veces cenaba en mi casa porque la noche se nos echaba encima. Después mi padre la llevaba en coche, así que ese día podíamos repetir cambiando un rato de estudio por paseo.

Cuando dimos por concluidas las tareas nos despedimos de mi madre.

—No volváis muy tarde. Tu padre dijo que hoy se retrasaría un poco, pero no creo que vaya a tardar mucho más. ¡Y tened cuidado! —añadió mientras nos daba un beso en la frente a cada uno.

Helena y yo caminamos por la calle de mi barrio. A pesar de que el sol ya se había casi ocultado había mucha gente que, como nosotros, había salido a disfrutar de la brisa nocturna.

—¿Quieres que vayamos al parque que hay al final de la calle? —pregunté.

—Vale, podríamos ver las estrellas. Hoy se ven muy bien.

No entendí muy bien a qué se refería ya que si alzaba la vista ya veía las estrellas, pero nos encaminamos hacia allí. Junto a un pequeño estanque divisé un banco vacío, fui hasta él, pero

al darme la vuelta vi que Helena se había acercado al césped y se tumbaba allí boca arriba.

—¿Qué haces? —la interrogué al acercarme.

—Observar las estrellas.

Volví a levantar la mirada y tras encogerme de hombros me tumbé a su lado.



—Eres muy afortunado, ¿lo sabías?

—¿Por qué lo dices?

—Tienes una familia fantástica, una casa preciosa… —suspiró.

—Bueno, seguro que tú también, ¿no? —Recordé la fachada sucia de su casa, pero pensé que un hogar no es solo cómo se vea por fuera, sino también por dentro. Seguro que su interior estaba bien cuidado y era bonito.

No respondió seguido. La vi morderse el labio, como si tuviese palabras en ellos que le picaban por salir y estuviese evitando dejarlas libres. Finalmente tomó aire y se explicó:

—No tengo padres. Bueno, tenía una madre que murió al darme a luz y un padre que está en la cárcel por drogas y más cosas que nunca me paro a escuchar con atención cuando me lo explican en Asuntos Sociales. —Hizo una pausa y continuó—. Desde pequeña he estado de una

casa de acogida a otra. Algunas veces se aburrían de mí y otras veces… Bueno, otras veces era más complicado.

—¿Y ahora? —pregunté con asombro ante sus palabras.

—Ahora estoy con un hombre, Fran, que solo se acuerda de mí cuando quiere que le prepare la comida o adecente la casa. Y a veces se enfada y es algo arisco… Pero por lo demás me ignora. Él con tal de recibir su cheque es feliz.

Yo no supe hasta tiempo después a qué se refería con eso del cheque. Era la ayuda que recibía ese tal Fran por tener a Helena en acogida. Se supone que era para ayudar en su crianza, pero por cómo iba vestida y la mochila que llevaba cuando la conocí, no parecía que lo gastase en eso.

—Vinimos porque cambió de trabajo y lo destinaron aquí. No sé muy bien a qué se dedica, aunque hay veces que pasa mucho tiempo en casa y otras que casi ni aparece. Tampoco es que me importe, en cuanto pueda me marcharé —sentenció con voz segura—. Por eso eres muy afortunado, tienes unos padres que te quieren muchísimo. Yo no sé lo que es eso. Mi padre no ha mostrado nunca ganas verme y las familias con las que he estado tampoco han sido gran cosa.

—Bueno… Los míos muchas veces se enfadan conmigo y alguna vez me han castigado… —respondí intentando así hacer menos idílica mi vida, aunque lo cierto es que ella tenía razón. Yo no sabía lo que era perder a unos padres o no sentir el cariño de ellos. Mi vida había sido feliz y empezaba a entender por qué la de Helena no.

—Eso es normal, pero sabes que te quieren y se desviven por hacerte feliz. En mi caso tú eres lo más parecido a eso y a ellos les he cogido mucho cariño. Me siento bien cuando voy a tu casa. Antes no podía quedarme mucho, pero ahora cuando vuelvo a las noches preparo comida para que así Fran lo tenga todo listo. A veces se cabrea porque no estoy para calentarla, pero me da igual.

Mientras hacía esa confesión, acercó su mano a la mía sin apartar la vista de las estrellas. Entrelazó sus dedos con los míos y apretó ligeramente.

—Marcos.

—¿Sí? —pregunté girándome para mirarla. Ella mantuvo la vista en el cielo.

—No me sueltes nunca.

—Jamás. Nunca lo haré.

Capítulo 9

No os mentiría si os dijese que en aquel momento era muy feliz. Helena había confiado en mí, me había contado su historia o por lo menos una parte y eso hacía que me sintiese muy cerca de ella. Su confianza era un regalo para mí. A esas alturas, y después de lo vivido, ya no me engañaba. Helena me gustaba y lo hacía de una manera que implicaba algo más que una amistad. Tampoco era algo físico, pues no era una chica especialmente guapa, aunque yo así la veía. Era todo su conjunto. Era inteligente, aunque no explotase esa característica suya yo la había visto al estudiar juntos; tenía una imaginación increíble y en su cabeza creaba mundos que nunca imaginé tener la curiosidad de conocer. La curiosidad, sí, también era una chica curiosa, a su manera, igual que cariñosa. No prodigaba grandes gestos de afecto, pero ahí estaban de vez en cuando, pequeños, sutiles. Suficientes para mí. Tampoco sonreía mucho, pero cuando lo hacía el corazón se me calentaba en el pecho, sobre todo cuando yo era el causante de ello. ¿Era amor? Yo así lo creía.

El curso pasó y yo tomé una decisión. En el baile de fin de curso le diría lo que sentía y tal vez… Tal vez hasta me atreviese a darle un beso si veía que me correspondía.

Aquel día tan señalado, salió especialmente caluroso. Alumnos y profesores estábamos ultimando los detalles. Yo estaba colgando unos banderines, aunque la vista se me iba hacia Helena, que estaba sola en una esquina pintando una estrella de las que colgarían por todo el techo. No parecía molestarle esa soledad, pintaba y movía los labios como si estuviese cantando o hablando consigo misma.

Tras ir a casa a cambiarnos, volvimos al colegio con mis padres. Fran no iba a ir porque en palabras textuales: “No iba a esas mariconadas”. A Helena no le importó, lo prefería así.

Nos acercamos a la mesa de refrescos mientras mis padres se unían a otros. La bebida aflojó un poco el nudo que tenía en la garganta debido a lo que tenía planeado. Animé a Helena a bailar, aunque realmente lo que hicimos fue hacer el tonto en la pista. A ella le daba mucha vergüenza y decía que se sentía observada así que pronto volvimos a la mesa junto a la bebida y comida.

¿Era ese el momento? ¿Esperaba un poco más? ¿A qué exactamente? Cualquier momento de aquella noche era bueno para confesarle mis sentimientos. ¿Qué hacía? ¿La apartaba sin más y la llevaba a otro sitio o le decía que tenía algo importante que contarle? Sentí una gota de sudor cayendo por mi nuca. Era ahora o nunca.

—Helena, tengo que decirte algo. ¿Vamos a otro sitio donde no haya música?

Ella asintió con la cabeza y cogiendo su mano la llevé al aula de arte, que no se encontraba

muy lejos de donde estábamos. Ella parecía tranquila y despreocupada y a mí había empezado a dolerme la tripa de los nervios. Me sudaban las manos y hasta notaba ligeros mareos. Como cuando estás a mucha altura, miras hacia abajo y se te desdibuja todo de la impresión. O así lo imaginaba yo.

—Entremos aquí —dije intentando mostrar tranquilidad.

Ella entró y automáticamente se sentó en una de las largas mesas que había en el aula.

—¿Qué querías decirme? ¿Te lo estás pasando bien? La verdad es que no me imaginaba que un baile de fin de curso fuese así. No está tan mal —señaló encogiéndose de hombros.

—Sí, está muy bien…

No sabía cómo seguir así que me callé. Ella inclinó su cabeza ligeramente y me miró con cara de no entender qué me pasaba.

—¿Ocurre algo? —preguntó.

—Yo… Quiero que sepas que me alegro mucho de haberte conocido. Aunque haya sido consecuencia de algo malo, es genial que hayas terminado en este colegio y en mi clase —susurré.

»Desde el principio llamaste mi atención y ya sabes que desde entonces he estado siempre contigo. Hemos ido al cine, hemos visto el mar, las estrellas, nos hemos ayudado y lo hemos pasado muy bien todo este tiempo. Tanto que yo… yo….

—¿Tú qué?

—Me gustas mucho y creo que… que te quiero, ya sabes, no solo como amiga. Pienso todo el rato en ti, cuento el tiempo hasta volver a verte y mis padres dicen que solo sé hablar de ti…

Ella no dijo nada, solo me miraba de una forma que no supe qué pensar, así que, en un momento de enajenación y confusión, me atreví a hacerlo. Me acerqué a ella hasta que sus rodillas chocaron contra mi abdomen. La miré y como seguía igual, giré un poco la cabeza y seguí acercándome hasta que mis labios rozaron los suyos. Solo fue eso, un pequeño roce, suficiente para sentir que eran cálidos y suaves. Me aparté y ella pareció volver en sí.

—Di algo, por favor —le supliqué.

—Marcos… Yo también te quiero mucho, pero no de la misma manera. Eres mi mejor amigo y siempre lo serás. Ojalá esto no cambie nuestra relación.

—Vaya, una parte de mí tenía la esperanza de que tú sintieses lo mismo… Esto ha sido una tontería, no tendría que haber dicho nada.

—No, no ha sido ninguna tontería. Ha sido muy bonito lo que has dicho. Perdona si no he sabido cómo actuar, no estoy muy acostumbrada a estas cosas… —respondió mientras movía la cabeza y se tapaba la cara con las manos—. Seguiremos siendo amigos, ¿verdad?

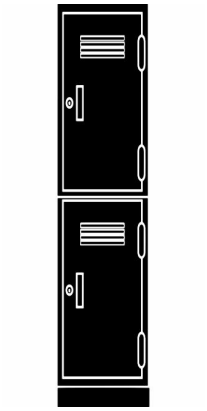
—Por supuesto, eso nunca cambiará.

Y así lo creía, porque Helena me importaba de verdad y si mis sentimientos no eran

correspondidos dolería, pero prefería tenerla como amiga que perderla.

Pero sí, dolió.

Instituto



Capítulo 10

El tiempo pasó y Helena y yo fuimos al instituto del pueblo. Nuestra amistad continuó, como así prometí, pero seguía sintiendo algo por ella. Era difícil olvidarla cuando pasaba cada día a su lado. Cada momento. Aprendí a manejar los sentimientos, a frenarlos en cierta manera y mantenerlos ocultos en lo más profundo de mi ser. Si algo me dolía lo escondía. Si algo me hacía sentirme más cerca de ella, lo contenía. Helena se mantuvo igual, como si aquella noche de mi desastrosa declaración no hubiese existido.

Seguimos estudiando juntos casi todas las tardes; íbamos al cine en ocasiones esporádicas, solo cuando ella conseguía que Fran le diese algo de dinero.

Parecía como si no hubiese pasado nada.

Nuestra amistad no cambió, pero nosotros sí. Ella ya no era esa niña desgarbada que conocí. Con los años había conseguido altura, su cuerpo mostraba unas curvas más marcadas, aunque seguía delgada y su cara había madurado, pareciéndose más a la de una mujer y dejando atrás cualquier rastro de niñez. Estaba más guapa, pero su mirada seguía siendo más bien triste. Era algo que yo no había conseguido cambiar. Suponía, en aquel entonces, que había cosas de su pasado que la habían afectado tanto que esa tristeza era como la marca que se queda después de una herida. Siempre presente, recordándote lo ocurrido.

Seguíamos muy unidos, pero al entrar al instituto y ver gente nueva también me apetecía hacer amigos. La gente de clase era muy agradable y enseguida congenié muy bien con un par de chavales. Helena, sin embargo, seguía sin hablar con nadie, nada más allá de lo que obligaban las clases. Con nadie llegó a entablar una relación que se pudiese considerar amistosa.

Me dolía verla así, pero por más que intentaba hacerle ver que no pasaba nada por tener nuevos amigos, ella no cedía. Eso produjo que la gente empezase a tomarla como un bicho raro. Aquellos que al principio la miraban con ojos de deseo, pronto empezaron a verla como una marginada que no quería hablar con nadie. Yo la defendía y les explicaba que su vida había sido complicada y que debían darle tiempo, pero a esas edades eso no importa. No hay tiempo, solo existe el ahora y, en ese momento, Helena no hacía nada para mostrar a los demás lo magnífica que era.

Hacía tiempo que había asumido que nunca pasaría nada entre Helena y yo. En el instituto conocí chicas muy guapas, algunas de mi clase y otras incluso de un curso mayor. El tonteo con ellas al principio me costaba a pesar de que las veía receptivas. Sentía como si estuviese traicionando a Helena, siéndole infiel, pero después se fue haciendo más fácil. Un beso robado en una esquina escondida de los pasillos, un roce casual entre la multitud, miradas… Con

algunas duraba algo más que eso y quedábamos a veces, pero, todavía entonces, Helena permanecía en mi mente.

Nunca hubo nada serio con ninguna y por eso muchas veces omitía contárselo a mi amiga. Aunque eso no importaba mucho ya que se terminaba enterando por los chismes en clase. Otras, en cambio, sí lo hacía y a ella parecía darle igual. Nunca me decía nada y solo permanecía callada escuchándome. No mostraba especial interés por lo que me pasaba y eso a veces me enfurecía y otras me causaba una inmensa tristeza. A pesar de todo, ella seguía siendo de lo más importante para mí.

El tiempo que pasábamos juntos disminuyó, aunque seguíamos quedando y estudiando juntos muchos días. Se fue formando una rutina entre nosotros bastante cómoda en la que ambos asumíamos que había algunos cambios, pero no los suficientes para pensar que nuestra amistad se tambaleaba.

Capítulo 11

En segundo de bachillerato fue cuando perdí mi virginidad. Ocurrió con una compañera de clase con la que llevaba desde casi finales del curso pasado quedando y finalmente dimos el paso. Para ella también era la primera vez y aunque ambos estábamos nerviosos, la cosa fue mejor de lo que esperábamos. Nos sentimos torpes y algo avergonzados, pero también teníamos esa ilusión propia de lo nuevo y desconocido. Esa sensación de estar dando un paso importante, no solo en la relación, sino a nivel individual. El simple hecho de perder la virginidad nos hacía sentir mayores, capaces de todo. Con esto no digo que lo hiciésemos por esas razones. Lo hicimos porque nos gustábamos, nos atraíamos, nos apetecía y teníamos la confianza suficiente entre los dos. Aunque siendo sincero, me costó quitarme a cierta persona de la cabeza.

No sabía si era algo que tendría que contarle a Helena. Mis compañeros me lo contaron cuando les pasó a ellos, se supone que era algo digno de contar a tus amigos más cercanos, pero con ella no sabía qué hacer. Había dado un paso importante, ya no era un solo tonteo y aunque Helena nunca había mostrado interés ni malestar porque saliese con otras chicas, sentía que en este caso sería diferente. Puede que porque ella seguía siendo virgen o, al menos, eso creía.

Dejé que los días pasasen entre dudas y eso provocó que no fuese yo el que le diese la noticia. Aquel día entré a clase con mis dos amigos y según me vio cruzar la puerta vino hacia mí y me sacó del aula casi a empujones.

—¿Es cierto lo que dicen, Marcos?

—¿Qué es lo que dicen? —pregunté confundido y sin saber de qué hablaba.

—De que te has acostado con ella.

Mi cara de sorpresa al ver que ya se había enterado debió de ser respuesta suficiente. Sentí como el calor subió por mis mejillas hasta llegar a poner coloradas mis orejas.

—Así que es cierto, entonces.

—Sí, lo es. Fue en su casa una noche que sus padres no estaban y fue genial Helena. De verdad. Quería contártelo, pero no sabía si te molestarías, aunque siempre parece que te dan igual estas cosas —argumenté.

Ella asintió y volvió a meterse en clase. Cuando vi que esa mirada triste parecía intensificarse me sentí culpable, como si hubiese tenido que contárselo sin dudar. Como si hubiese sido algo que tendría que haber estado muy claro y yo no me hubiese dado cuenta. A veces con Helena las cosas eran así, no sabías cómo actuar porque parecía que ninguna manera era la correcta. Era algo que me volvía loco porque lo que menos quería era hacer o decir algo que la pudiese molestar o doler.

Desde aquel día Helena se alejó o así lo sentí yo. Le preguntaba qué le pasaba, pero su respuesta siempre era la misma: nada. Unos días después volvió a desaparecer, como aquella vez en el colegio. Estuve casi ocho días sin verla y como no aguantaba más hice lo que prometí que nunca volvería a hacer: fui a su casa.

Cuando llegué me fijé en que seguía tanto o más sucia que la última vez que la había visto. No me atreví a tocar, preferí hacer como la otra vez y esperar a que saliese en algún momento. Sin embargo, aquella vez apareció por la calle, con unas bolsas de la compra. Recordé que me dijo que ella era la encargada del hogar y que siempre le tocaba a ella ir al supermercado. Me acerqué para ayudarla y ella se dejó. La acompañé hasta la puerta, pero no le permití que la abriese.

—Tenemos que hablar, Helena. Llevas días sin aparecer, no sé nada de ti… ¿Qué te pasa? Somos amigos, sabes que puedes contármelo, sea lo que sea. Estoy aquí.

Ella negó con la cabeza y me pareció ver que luchaba porque las lágrimas no saliesen libres.

—Solo necesito tiempo, ¿vale? Te prometo que en cuanto esté preparada nos veremos y te lo contaré todo.

Yo asentí mientras ella entraba en su casa. Como siempre, esperaría el tiempo que ella necesitase.

Capítulo 12

Unos días después, Helena apareció a tercera hora. Se sentó en su sitio sin levantar la mirada ni decir nada. Justo cuando me levanté para acercarme a ella, el profesor entró por la puerta, así que di media vuelta y volví a mi sitio. Hablaría con ella en el descanso. Sin embargo, me sorprendió lanzándome una nota.

«Después de clase reúnete conmigo en el gimnasio».

¿En el gimnasio? Bueno, era un buen sitio ya que a esas horas no habría nadie en él.

Al terminar la clase, intenté salir tras ella, pero Marta, la chica con la que estaba medio saliendo me interceptó para contarme sobre una fiesta que iba a haber ese fin de semana y a la que, según ella, teníamos que asistir sí o sí. Yo no estaba muy por la labor, aunque le dije que aceptaba con el único deseo de que me dejase libre para ir tras Helena.

Conseguí zafarme de Marta y cuando llegué al gimnasio la encontré sentada en el suelo jugando con una pelota de forma distraída. Una vez más movía los labios como si estuviese hablando consigo misma, como aquel día del baile. Creo que es algo que solo hacía cuando estaba sola y viajaba por ese mundo que solo ella conocía y le servía de evasión.

—Hola —saludé mientras me sentaba a su lado—. ¿Por qué querías hablar aquí?

—Es un sitio como otro cualquiera, pero aquí no nos molestará nadie a esta hora —explicó encogiéndose de hombros.

Asentí, pero como ella seguía mirando el suelo no lo vio. No quería presionarla, fuera lo que fuera lo que quería contarme, quería que lo hiciese a su ritmo y cuando estuviese preparada. Suspiró y soltó algo que me heló de los pies a la cabeza:

—Cuando tenía once años, el padre de acogida que tenía por aquel entonces me violó.

Lo soltó y se calló. Y yo no hablé, porque no sabía qué decir. Porque esperaba cualquier cosa menos eso. Porque no entendía qué clase de persona podía hacer eso y menos a Helena que era el ser más preciado que yo había conocido. Me descubrí apretando los puños, lleno de ira, con mil ideas pasando por mi cabeza. Noté una mano sobre la mía. Era Helena, intentando relajarme, mirándome con esos ojos que eran ventanas al mar.

—No te preocupes, fue hace tiempo y estoy preparada para contártelo. No lo sabe nadie más, tú serás el único y cuando acabe volveremos a hablar de ello, ¿vale? No quiero que nada entre nosotros cambie y no quiero palabras ni miradas de compasión. Yo… ya lo tengo superado.

No me dejó responder. Se sentó algo más recta y llenó de aire sus pulmones.

—Pasó después de llevar unos meses en esa casa. La verdad es que estaba contenta porque era de las mejores en las que había estado. La mujer era muy atenta y solía agasajarme con juguetes

nuevos y ropa bonita. Él parecía tranquilo, siempre con un periódico en las manos y sentado en la butaca del salón.

Pareció que flaqueaba y en ese momento fui yo quien la agarró de la mano para tranquilizarla. Acerqué la pelota con la que había estado jugando antes, quizás con esa pequeña distracción se relajase. Y funcionó.

—Era verano y hacía bastante calor. Yo, como cualquier niña de esa edad, vestía con camisetas de tirantes y pantalones cortos. Al principio empezó con pequeños roces en los muslos. Yo no le di importancia porque pensaba que eran normales y estaban justificados, ya sabes, porque había poco espacio de paso en la cocina y cosas así. Cada vez eran más continuados y en momentos en los que no había razón para ellos.

»Una noche estaba durmiendo en mi habitación. Hacía mucho calor, así que tenía la ventana abierta y solo me había dejado caer en la cama boca abajo, sin llegar a taparme. Cuando la puerta se abrió, una de las bisagras hizo un ruido que consiguió despertarme. Giré la cabeza y vi cómo se acercaba a la ventana para cerrarla. No entendía qué hacía ahí, pero pensé que sólo había venido a eso. Sin embargo, cerró también la puerta con cuidado y se sentó en mi cama sonriendo. Empezó acariciándome el pelo y después fue bajando. Por aquel entonces no tenía mucho pecho, pero él subió mi camiseta y empezó a jugar con ellos. No sabía qué hacer, estaba paralizada y eso a él le dio alas para seguir. Mientras bajaba sus manos a mis caderas y empezaba a bajar mi pantalón intentó besarme, pero yo aparté la cara, así que siguió por mi cuello. Notaba su lengua y sus dientes y me daba asco, pero no era capaz de apartarlo. Simplemente mi cuerpo no respondía a las órdenes que le daba mi cerebro. Me imaginé alejándolo de mí y corriendo hacia la puerta, liberada, pero no, seguía ahí, debajo de él.

Hizo una pausa en su narración y yo se lo agradecí. Sabía que lo peor estaba por llegar y de lo único que tenía ganas era de llorar y abrazar a Helena. Era incapaz de imaginar cómo se sintió en aquel momento y a la vez su relato me estaba destrozando como si lo hubiese vivido yo. Quería acercarme a ella, que sintiese mi cariño, decirle que estaba bien, que ahora que estaba con ella nadie volvería a hacerle daño. Promesas que estaba decidido a cumplir.

—Cuando consiguió quitarme los pantalones —prosiguió—, acarició mis piernas hasta llegar a… Bueno, ya sabes dónde. No me quitó las braguitas. Al parecer no le molestaban para lo que tenía preparado. Comenzó a tocarme en esa zona y al cabo de unos minutos empezó a desabrocharse el pantalón con la otra mano. Vi cómo se acariciaba a sí mismo y cuando creyó que estaba preparado lo hizo. Yo no lo estaba, Marcos, me dolió mucho. No solo la intrusión, la hebilla de su cinturón me golpeaba el muslo hasta que se enrojeció. Quería gritar, pedirle que parara, decirle que me hacía daño, pero cuando vio mis intenciones me tapó la boca con la mano.

»Siguió con varias sacudidas hasta que se abrió la puerta y la señora lo vio todo. Se quedó parada en la puerta mientras su marido salía de mí. Me incorporé un poco, vi sangre en la cama y

tuve miedo al pensar que me había pasado algo. Él salió de la habitación acomodando su ropa como si nada y ella se acercó a mí para después salir tras él. Los escuché discutir abajo en el salón. Yo no era capaz de moverme, ni siquiera de llorar. Tenía ganas, pero las lágrimas no salían. Al cabo de unos minutos ella subió, me llevó al baño y llenó la bañera con agua caliente. Cuando me metí sentí algo de alivio y también escozor. Me lavó mientras decía que no me preocupase, que eso era normal y que después del baño estaría perfectamente. Yo no lo creía. No me parecía normal lo que había pasado, pero no dije nada porque qué iba a saber yo con once años. Eso era lo que me repetía una y otra vez.

—¿Ella lo protegió? —la interrumpí.

—Sí. Al día siguiente convinieron en que lo mejor era que me marchase y no decir nada. Simplemente informar a asuntos sociales de que creíamos que era lo mejor porque no nos habíamos adaptado —me explicó—. Yo solo quería salir de allí para que no volviera a pasar eso así que acepté prometiendo no decir nada de lo ocurrido. Una semana después ya estaba en una nueva casa y por lo que supe el murió al de un año de un infarto. No volvieron a acoger a ninguna niña ni niño, así que en ese sentido sé que no hizo daño a nadie más.

Me removí y cambié de postura sin saber qué decir. ¿Qué se podía decir después de saber algo así? No quería juzgarla. ¿Cómo hacerlo cuando solo tenía esa edad y estaba aterrorizada? Posiblemente yo hubiese hecho lo mismo, huir e intentar olvidar lo ocurrido. Pero ahora… Bueno, era evidente que Helena no lo tenía tan superado como ella creía. ¿Por qué no acudía a un psicólogo? Yo podía darle todo mi apoyo, pero no era un profesional. Aunque pensándolo bien, ¿con qué dinero iba a pagarlo? Dudaba de que Fran le diese nada para algo así.

Perdido en mis cavilaciones no me di cuenta de que Helena había empezado a llorar hasta que escuché un sollozo. Cuando levanté la vista para mirarla ella se levantó y salió corriendo.

Nunca imaginé que días después aparecería con una idea que nos cambiaría para siempre.

Capítulo 13

Después de la confesión de Helena, el tiempo que pasaba pensando en ella aumentó. Tenía una mezcla de sentimientos que ni siquiera sabía cómo manejar. Una ira inmensa me recorría cada vez que pensaba en aquel hombre; una ternura infinita cada vez que imaginaba a Helena, con once años y tan desamparada y una indignación enorme cuando recordaba a esa mujer que se convirtió en cómplice con su silencio. Todo bullía en mi interior generándome dolores de cabeza e impotencia. ¿Qué podía hacer yo por ella? Nada. No era capaz de cambiar el pasado, ni de borrarle la memoria. Tampoco había sido capaz, en estos años, de conseguir que se abriese a la gente, que confiase aunque solo fuese un poco. Sin embargo, ahora entendía por qué era así. Era un método de defensa. Si no dejas que la gente entre en tu vida, no pueden hacerte daño. No pueden traicionar tu confianza y decepcionarte. ¿Quién podía culparla?

Con todo esto me fui distanciando de la gente yo también. La chica con la que salía empezó a montar escenas absurdas de celos porque sabía que era Helena la que estaba en mi cabeza, aunque no por el motivo que ella creía. No me importaba. Me dejó tras decirme que si no era la única no quería seguir conmigo y que me fuese con el bicho raro. Tampoco me importó, esa relación no iba a ningún lado. Solo tenía una prioridad en ese momento y, desde luego, no era ella.

Unos días después, un viernes si no recuerdo mal, Helena se acercó a mí. Se había mantenido distante, aunque seguíamos hablando de vez en cuando. Me llevó de nuevo al gimnasio, que se convirtió en nuestro sitio predilecto para hablar.

—Tengo algo que pedirte —dijo después de sentarse en el suelo indicándome que hiciese lo mismo a su lado.

—Lo que quieras, si está en mi mano… Lo haré.

—Quiero que nos acostemos.

Lo dijo así, decidida, mirándome a los ojos y casi sin pestañear. Yo la miré igual, pero por la sorpresa de su petición.

—¿Acostarnos? ¿Pero qué estás diciendo Helena?

—Ya sé que parece una locura, pero… Quiero saber qué se siente cuando se hace por decisión propia. Quiero sentirme normal, ¿sabes? Hacer lo que hace la gente de mi edad —suspiró—. Supongo que si es algo que gusta a todo el mundo es porque es algo bueno. Yo no lo recuerdo así y quiero cambiar eso. Intentar borrar ese recuerdo y colocar este en su lugar. No sé, tal vez cambie algo. Igual después de esto puedo ser una chica capaz de hacer cosas normales. Sé que no lo entiendes porque tú lo tienes todo y no te cuesta hacer amigos… Ni amigas —recalcó con algo

de rintintín—. Tal vez así…

—Pero ¿por qué yo? —la corté—. Somos amigos. Podrías conocer a alguien con quien sintieses algo y hacerlo. Alguien que te guste, así es mejor.

—Tú me gustas, por algo eres mi mejor amigo. Solo confío en ti para esto. Solo tú sabes lo que pasó.

Sí, yo lo sabía y por eso no creía ser capaz de hacer algo así. También había otro problema. Yo seguía sintiendo algo por ella, nunca dejé de hacerlo. ¿Qué podría significar acostarme con ella? ¿Una simple prueba? ¿Podría abrir un camino hacia algo más? Helena dolía como una herida que tienes semiabierta constantemente y que a veces sangra. No era todos los días, a veces aguantaba así, simplemente abierta pero seca. Pero otras veces llegaba a sangrar y yo tenía miedo de que se abriese del todo. Si pasaba algo así entre nosotros tal vez la recuperación fuese imposible. Dolorosa. No sabía si estaba preparado para soportar algo así.

La miré. Seguía sin apartar la vista de mí, intentando adivinar mis pensamientos. Dudo que fuese capaz, ya que mil ideas corrían por mi cabeza a la velocidad de la luz y no era capaz de atrapar ninguna y aferrarme a ella para darle una respuesta.

—Por favor… —suplicó con esos ojos en los que yo veía cada día el mar.

Y ahí estaba. El pensamiento al que me aferré, el que siempre estaba ahí. Yo haría cualquier cosa por Helena. Cualquier cosa que a ella la hiciese feliz o la tranquilizase. Todo lo demás no importaba. Yo no importaba. Si dolía, ya me echaría alcohol y me pondría una venda. Ella me estaba pidiendo algo que necesitaba y yo era incapaz de negarme.

—Está bien, lo haremos.

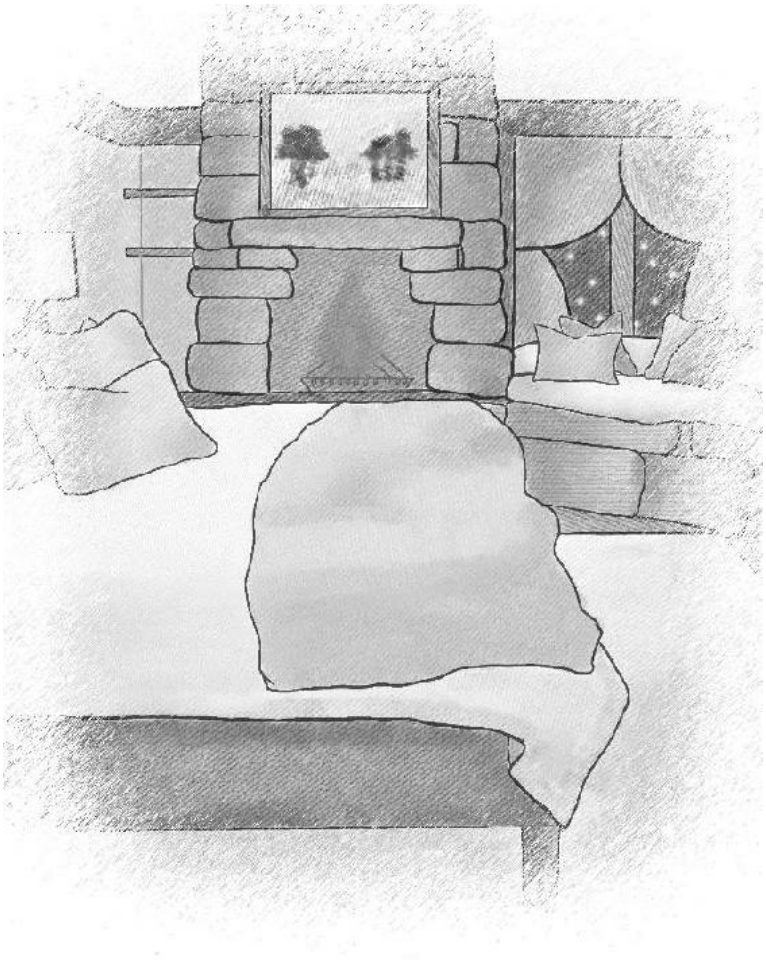
Capítulo 14

Una vez que decidí que lo haría necesitaba que fuese especial. Como ella había recalcado, yo sabía por lo que había pasado. Le habían arrebatado esa primera vez que todos tenemos, que nos hace sentirnos torpes y a la vez felices. Tenía que ser especial, tanto como lo era Helena. Era una manera de demostrarle que podía ser feliz, que era querida.

No habíamos concretado nada, pero habíamos barajado la posibilidad de que fuese el siguiente fin de semana, ya que Fran tenía un viaje de trabajo. No íbamos a hacerlo en su casa, eso estaba descartado. Tenía que planear algo bonito y se me ocurrió volver a nuestro lugar junto al mar. Miré los ahorros que tenía después de trabajar todo el verano de reponedor en un pequeño supermercado a dos calles de mi casa. No era mucho, pero podía pagar los billetes y una noche en algún sitio. Busqué en el ordenador de la biblioteca y en varias guías algún hostal y encontré uno que tenía un aspecto rural que me gustó mucho. La habitación tenía chimenea y parecía espaciosa. Era un poco más cara que la normal, pero merecía la pena. Llamé al sitio e hice la reserva.

El sábado estábamos los dos en la parada mirando al frente como años atrás, sin decir nada y esperando ansiosos a que llegase el autobús. No sabía qué decir ni cómo actuar. Le había dicho que iríamos otra vez al mar y ella sonrió feliz. Todo lo demás volvería a ser sorpresa. Estaba nervioso. Sentía una responsabilidad enorme sobre mis hombros. Agradecía que ella confiase en mí, pero también era consciente del aprieto en el que me había metido. Ella luchaba cada día con sus demonios interiores, esos que yo empezaba a conocer, y ahora me pedía que la ayudase a enfrentarse a ellos. Pero… ¿Y si yo no era el adecuado? ¿Y si algo salía mal en todo eso? La culpabilidad me perseguiría hasta alcanzarme y no sabía si sería capaz de volver a mirarla a los ojos. Responsabilidad, sí, esa era la palabra.

Unas horas más tarde llegamos al pueblo. Le indiqué por dónde quedaba el hotel y nos dirigimos allí para dejar las mochilas antes de buscar un lugar para comer. Cuando entramos a la habitación ambos nos quedamos con la boca abierta. Era mucho más bonita de lo que parecía en la foto y eso que aún no estaba encendida la chimenea. Descubrimos que por una de las ventanas se veía el mar y eso puso todavía más contenta a Helena.



—Si esta habitación fuese mía me sentaría aquí todos los días a leer y ver el mar —comentó.

Y yo la imaginé así. Tranquila y feliz, observando por la ventana con una sonrisa en la cara y un libro en las manos. Yo también sonreí ante aquella imagen que se proyectó en mi cabeza.

Una vez hecho el reconocimiento del que sería nuestro lugar aquel fin de semana buscamos un sitio donde comer, que resultó ser un pequeño restaurante familiar especializado en pescado de la zona. Después decidimos dar un paseo por la playa que no vimos la otra vez, la turística. En aquel momento no había mucha gente, cosa que agradecí. No me apetecía compartir esos momentos con mucha gente. Ojalá hubiésemos podido estar Helena y yo solos. Sin embargo, vimos un par de parejas besándose y haciéndose fotos con una *Polaroid*. En ese momento me dieron ganas de coger la mano de Helena, porque una parte de mí sentía que éramos algo parecido, aunque la otra parte intentase quitarme la idea de la cabeza. Vi que ella también los miraba con atención y me pregunté qué estaría pensando en ese momento. Si alguna vez se imaginaba así con algún chico. Si alguna vez pensaba o deseaba tener una relación así con alguien. Conmigo. Muchas cosas de las que hacían las parejas ya las hacíamos nosotros y ese día

haríamos una que nos uniría aún más. ¿Por qué no tener la esperanza de ser su persona especial? ¿Podían los años haber cambiado sus sentimientos? ¿Podía esa noche cambiarlo todo?

Por la tarde noche empezó a refrescar. La vi temblar por culpa de un escalofrío y le pasé el brazo por los hombros para acercarla a mí.

—Si quieres podemos coger algo de comida y cenar en la habitación. ¿Te apetece? —sugerí con una sonrisa.

—¿Pueden ser hamburguesas? Unas gigantes y con un montón de patatas.

—¡Estaba pensando justo lo mismo!

Cogimos un par de hamburguesas, patatas y refrescos en un restaurante de comida rápida y nos dirigimos al hotel. Al abrir la puerta de la habitación una sensación de calidez nos invadió. Habían encendido la chimenea y, tal y como pensé, el ambiente que creaba era muy bonito. La madera crepitaba bajo el fuego y pequeñas chispas saltaban alrededor. Me perdí unos segundos en aquellos colores y sonidos mientras observaba el movimiento de las llamas. Era como transportarse a otro tiempo.

Helena parecía tranquila, como casi siempre. Dejó las bolsas con la comida en la mesa y se dirigió al baño. Yo aproveché a ponerme cómodo y sacar lo que habíamos comprado. Cuando salió del aseo, ella también se había cambiado. Se había puesto un pijama corto de color rosa palo que dejaba prácticamente todas sus piernas al aire. La camiseta, de tirantes y con un ribete de encaje, no tapaba mucho más. Se le ajustaba al cuerpo y marcaba unos pechos generosos. Nunca la había visto así, ni siquiera en verano. Y aunque no puedo negar que alguna vez la imaginé en escenarios muy íntimos, la realidad superaba la ficción. Era, sin duda, preciosa y yo estaba perdido.

Si alguna vez llegué a creer que lo que sentía por ella había disminuido en brazos de otras, en aquel momento me di cuenta de que eso era imposible. Helena ardía dentro de mí más que la lumbre de la hoguera. No se había apagado ni un ápice.

Cuando fui capaz de ordenar un pensamiento, le di su hamburguesa y nos sentamos a cenar. Después de un día de paseos estábamos hambrientos, así que dimos buena cuenta de la comida y no duró mucho. Cuando acabamos la vi dudar, como si pensase que justo después pasaría lo que habíamos hablado.

—Escucha, Helena, no tiene que pasar nada. ¿De acuerdo? Podemos simplemente hablar o ver una película en la tele.

—No, no. Quiero que pase, de verdad. Es solo que no quiero estropearlo, todo esto es muy bonito y el día ha sido perfecto.

Yo sonreí. Así que sí estaba nerviosa. Era muy difícil saber lo que pensaba y sentía Helena, su cara pocas veces reflejaba lo que había dentro de ella.

—Yo sé —continuó— que tú lo harás bien.

—¿Y por qué estás tan segura?

—Oigo los comentarios de las chicas, ¿sabes? Como soy casi invisible muchas veces hablan sin preocuparse de que yo esté ahí. Las he oído hablar de ti y como eres en… ya sabes, la cama.

Joder. Sentí cómo me ruborizaba hasta el inicio del cuero cabelludo. ¿Hablaban esas cosas en clase? Qué vergüenza.

—Bueno, eh… —No sabía qué decir—. Seguro que exageran. No creo que tengan mucho con lo qué comparar.

Ella se encogió de hombros.

—No lo sé.

Entonces se levantó de su silla con un gesto elegante y se acercó a mí despacio. Yo seguí cada uno de sus movimientos sin alejar la mirada de ella. Apartó un poco la mesa y se sentó encima de mí.

—Hagámoslo ya, Marcos —me susurró antes de besarme.

Capítulo 15

Una parte de mí se excitó al escuchar aquello. Supongo que a veces el cuerpo humano reacciona de forma independiente porque, en mi mente, no dejaba de pensar que no me habían gustado del todo esas palabras. Me hicieron sentir que aquello era una especie de transacción, algo que había que hacer. Sí, yo deseaba hacerlo, pero lo deseaba porque la quería a ella. No porque fuese un acuerdo, aunque realmente así se diese.

Intenté deshacerme de aquellos pensamientos y el beso caliente y a la vez suave de Helena lo hizo más fácil. Quería disfrutar y que ella lo hiciese. Que olvidase el pasado, aunque fuese solo por el tiempo que estaba destinada a estar entre mis brazos, ya fuese corto o largo.

El beso empezó lento, pero se fue intensificando a la vez que sentía cómo Helena se aferraba a mí, agarrándome de la nuca para acercarme a ella. Noté su pecho contra el mío y una descarga me recorrió entero. Su boca sabía a gloria así que la besé con ganas, intentando transmitirle lo que sentía dentro de mí. «Te quiero, Helena». Eso era lo que repetía mi mente una y otra vez mientras la acariciaba, la tocaba… La sentía.

Cuando conseguimos separar nuestros labios, ella me miró con ojos brillantes. Hasta me pareció atisbar deseo cuando en un movimiento mi centro, endurecido, rozó el suyo. Me levanté de la silla sin soltarla y la llevé hasta la cama. La dejé caer con cuidado y tras una mirada por mi parte y un asentimiento por la suya, la veneré como se merecía.

Me centré única y exclusivamente en ella. No es que yo fuese muy experto, pero tenía tantas ganas de hacerla feliz, que no necesitaba más, solo dejarme llevar. Y así lo hice. La dejé disfrutar de mis labios, de mis manos, observé cómo su piel se erizaba al contacto de mis dedos, su boca se abría buscando el aire que le faltaba. Estaba preciosa.

Cuando ambos terminamos me acosté a su lado, recuperándome y viendo cómo ella hacía lo mismo. Cuando se relajó me miró y una pequeña sonrisa apareció en sus labios. ¿Habría conseguido aquello que buscaba? ¿Había borrado aquella horrible experiencia a golpe de caricias y amor? No dijo nada, solo se acercó y se acurrucó junto a mí en posición fetal. La abracé y dejé un beso entre su melena algo alborotada.

Si tuvo miedo, no lo dijo. Helena era complicada, sí, pero en aquel momento de unión supe que nunca tendría con alguien lo que tenía con ella. Esa clase de conexión se da pocas veces en la vida. Una relación extraña la nuestra, pero era eso, nuestra.

Capítulo 16

No dormí mucho aquella noche y los rayos que entraban por el ventanal me despertaron antes de lo que creí conveniente. Mi cuerpo se quejó, pero entonces recordé dónde estaba y con quién. Me giré con suavidad y vi la espalda de Helena. También ahí tenía pecas, justo en la zona de los hombros. Me tentó la idea de acercarme, abrazarla y besarla justo en ese punto debajo de la nuca, pero me contuve para no despertarla.

Me dediqué simplemente a mirarla y recordar lo de la noche anterior. Ella se durmió rápido entre mis brazos, así que no tuvimos ocasión de hablar, saber cómo estaba. Me había sonreído, sí, pero no sabía que quería decir aquello. Deseaba con todas mis fuerzas que lo que pasó no hubiese sido un paso para atrás, sino uno muy grande hacia adelante.

A pesar de que había sido algo acordado, no podía quitarme de encima la esperanza y la ilusión que se aferraban a mí con suaves garras, convencidas de no abandonarme.

Helena se movió perezosa entre las sábanas y se colocó boca arriba con los ojos cerrados. Después cambió y se volvió a poner de lado, pero esta vez mirándome a mí. Parecía relajada o tal vez fui yo quien quiso ver que eso era así.

Con el movimiento, la sábana se había deslizado dejando al descubierto uno de sus pechos. Con sumo cuidado cogí la tela y la tapé. No quería que se despertase y se sintiese expuesta. El gesto debió despertarla porque cuando la miré estaba abriendo los ojos.

—¿Qué ocurre?

—Buenos días. Te habías destapado y te tapé. Es temprano y el sol aún no ha calentado. Hace frío —expliqué nervioso.

Se estiró y los pechos volvieron a quedarse al descubierto. Una pulsión en mi bajo vientre fue inevitable. Ahora que había llegado a ese punto tan íntimo con ella, mi cuerpo me pedía más y no sabía si eso era bueno o correcto, pero la deseaba. Intenté mirar hacia otro lado y ella, cuando se dio cuenta, se cubrió rápido. Estaba algo incómoda, lo cual hizo que mi alegría disminuyese un poco. Me daba igual la desnudez, la mía y la suya, porque con nadie tenía más confianza que con ella. Me acerqué a Helena. No dijo nada, solo se fijó en mi tórax. No es que yo tuviese un gran cuerpo, pero todo el deporte que practicaba en el instituto había hecho efecto en mis músculos, tonificándolos y marcándolos. Acercó su mano a mi pecho, me acarició y fue bajando a mi vientre. El deseo me picaba en las manos, quería hacer lo mismo. Cuando llegó al borde de la sábana, era evidente que mi sexo estaba respondiendo a su cercanía y sus caricias. Me estaba volviendo loco, pero dejé que ella hiciese y marcase el ritmo.

—Ya no eres el niño que conocí —susurró como si alguien pudiese oírnos.

—Bueno, tú tampoco eres la chica que llegó a mi clase un otoño —respondí acariciándole el hombro y subiendo hasta enmarcarle el rostro. Sus ojos tenían un color especialmente claro ahora que la luz incidía en ellos.

—Esto no cambia nada, Marcos.

—¿Qué es lo que no cambia?

—Tú y yo. Te agradezco que hayas hecho esto por mí, pero esto no se repetirá ni irá a más. Seguiremos siendo amigos, yo no puedo darte más.

Aquello cayó como un balde de agua fría sobre mí. Las ilusiones y esperanzas soltaron su agarre y se esfumaron, dejando un vacío difícil de asimilar.

—Pero ¿por qué? ¿Acaso he hecho algo mal? ¿Te has sentido a disgusto?

—No, no, Marcos. No tiene nada que ver contigo. Tú lo has hecho todo bien, hasta lo he disfrutado, de verdad. Pero yo… no soy capaz. No puedo, lo siento. No me veo capaz de seguir haciendo esto ni haciéndote creer algo que no es.

En aquel momento me di cuenta de que daba igual. Hiciese lo que hiciese, nunca sería suficiente. Helena era inalcanzable en cuerpo y alma. Ni siquiera el amor y el cariño eran capaces de sacarla de donde sea que ella estaba. Ese mundo que a veces la veía visitar cuando su mirada se quedaba perdida en algún punto. Lo intenté, pero no fui suficiente.

Universidad



Capítulo 17

Helena no fue a la universidad. Su situación económica no era la mejor y Fran no hacía gran cosa para ayudar. Tampoco es que ella tuviese claro si quería estudiar. Le gustaban muchas cosas, pero decía que nada tanto como para especializarse en ello y sentía que si se centraba en algo no podría disfrutar de todo lo demás. Yo creo que más bien tenía prisa por conseguir dinero y marcharse de casa. Fran no era alguien bueno para ella, aunque lo cierto es que hacían vidas independientes. Helena seguía siendo la encargada de la casa y mientras él tuviese la comida en la mesa no la molestaba lo más mínimo. Aun así, ella quería volar lejos de él, como es normal.

Buscó trabajo nada más salir del instituto. Le costó, pero finalmente consiguió uno en una cafetería popular del centro. Sin embargo, no le duró mucho. El constante contacto con la gente del pueblo y los turistas más unos comentarios malintencionados y obscenos por parte de unos chavales hicieron que dejase su puesto de camarera. Helena seguía siendo solitaria y el contacto constante con gente desconocida era un obstáculo que intentaba salvar cada día.

Llegué a proponerle, esta vez sí, que acudiese a un psicólogo. Ella seguía insistiendo en que no necesitaba ir porque estaba bien. Además, dejó claro que todo el dinero que conseguía lo guardaba para poder marcharse y que no insistiese más. Y así lo hice.

Unos meses después entró en la biblioteca y vio un anuncio de que buscaban a alguien para cubrir el puesto de ayudante. Se presentó a la entrevista y dado su interés por la lectura y sus conocimientos literarios logró el trabajo. No era un gran sueldo, pero le permitía estar tranquila, rodeada de libros y sin mucho contacto con la gente. Tranquila, sí, pero sin poder dejar la casa de Fran.

Yo, en cambio, sí fui a la universidad. Estudié Publicidad en una facultad algo lejos de nuestra pequeña ciudad. A cuatrocientos veinte kilómetros, para ser más exactos. Agradecí la distancia ya que me permitió alejarme de Helena y, además, era lo suficientemente amplia como para excusarme de no ir todos los fines de semana y así evitar verla lo máximo posible.

Pero a veces iba. Y esas veces la veía. Era increíble lo que los años hacían en Helena, cada vez le otorgaban más belleza, pero también más ojeras y tristeza a sus ojos. A mí todavía me dolía verla, por mí y por la soledad que emanaba. Por no sentirme capaz de ayudarla, ya no, y por haber faltado a mi palabra de no soltar su mano.

Ella pasaba muchas tardes en casa con mi madre. Entre ellas siempre hubo algo especial y siempre tenían de qué hablar. Cocinaban juntas, se divertían, pasaban el rato… Helena no tenía a nadie y mi madre pasaba muchas horas sola porque mi padre trabajaba todo el día en la consulta. Creo que para ambas compartir esos momentos era como si yo todavía estuviese entre ellas. Se

sentían menos solas.

Una vez más el tiempo nos había cambiado y en esta ocasión también nuestra amistad. Estaba frágil, agrietada y aunque seguíamos quedando cada vez que podíamos, ambos notábamos el frío que entraba por esas grietas, congelando todo a su paso.

Sí, el pellizco en el corazón cada vez que Helena estaba presente era inevitable, pero también había algo indiscutible: la vida seguía, con Helena o sin ella.

Capítulo 18

En mi segundo año de carrera conocí a Carolina. Era una chica sencilla, de melena corta dorada y ojos azules. Ella desde el principio mostró interés. Era de esas chicas que no necesitaban un empujón para ir a por lo que querían, iban directas, seguras. Al principio, y como venía siendo habitual en mí, me dejé querer, pero con el paso de los días, me descubrí disfrutando con ella. Era una chica muy divertida, siempre tenía algo que contar, pero también sabía valorar los silencios. Estaba pendiente de mí, pero no me agobiaba, teníamos nuestros momentos con nuestros amigos, juntos y separados. Era muy fácil estar con ella y me fui enamorando, poco a poco, sin remedio, asentando bases sólidas, conociéndonos sin prisas, disfrutando de lo bueno y apoyándonos en lo malo.

Una parte de mí era consciente de que Helena siempre estaría ahí. Había sido mi primer amor, intenso y no correspondido, pero el cariño estaba por encima de todo y más sabiendo todo por lo que había pasado ella. Sí, la amistad no era la misma, pero siempre querría a Helena. No había duda.

Un año y poco después, cuando mi relación con Carolina estaba bien afianzada y para alegría de mi madre, decidí llevarla a casa para que se conocieran. Ella aceptó encantada y enseguida empezó a planear y a preguntar si mi madre preferiría que llevase un vino para la comida o un postre. Carolina era alegría y positividad, siempre veía el lado bueno de las cosas y de todo sacaba una lección.

—Tal vez el vino sea más serio. El postre es como más informal y cercano, ¿no crees? —siguió murmurando más para sí que para mí.

—Mi madre será feliz solo con verte, no hace falta que lleves nada —le aseguré abrazándola por detrás y dejando un beso en su cuello.

—Pero quiero causar buena impresión. Tú a mis padres ya te los ganaste incluso antes de conocerlos. Cuando conseguiste el teléfono de aquel médico… —Suspiró perdida entre sus recuerdos. La enfermedad de su madre, un cáncer de mama, fue un golpe para la familia, pero el tratamiento que le ofreció el compañero de mi padre funcionaba y las cosas estaban mejorando poco a poco, aunque todavía quedaba camino por delante—. Sin tu ayuda no sé qué hubiese sido de ella…

—Tranquila. —La abracé más fuerte—. Ella está bien y no tienes de qué preocuparte. ¿Vale? Tampoco de la visita a mis padres. Ellos ya te quieren y conocerte solo servirá para reforzar ese cariño.

—Lo sé. Ojalá pronto podamos juntar a las dos familias.

Era algo que llevábamos tiempo queriendo, pero primero Carol tenía que conocer a la mía y su madre tenía que recuperarse del todo. La quimioterapia era algo agresiva y la dejaba cansada la mayor parte del tiempo, aunque los avances eran positivos y el cáncer estaba remitiendo. Los pronósticos parecían buenos.

Llegamos casi a mediodía. Hacía un día estupendo ya que, a pesar del sol, una brisa refrescaba el ambiente haciendo que el calor fuese soportable.

Cuando abrí la puerta de casa oí voces en la cocina.

—Mamá, ya estamos en casa.

Las voces se callaron y poco después escuché los pasos de mi madre acercándose.

—¡Por fin estáis aquí! —dijo con su característica sonrisa, aunque esta vez noté que pasaba algo, no le llegaba a la mirada—. Tú debes de ser Carolina. Eres preciosa, tal y como decía Marcos.

Ambas se saludaron, se besaron y enseguida empezaron a hablar de la madre de Carol. Yo miraba el pasillo que guiaba a la cocina. Había alguien más.

—¿Con quién hablabas en la cocina?

—Ah, bien, es que ha venido Helena de visita. Hacía mucho que no pasaba por aquí y ha decidido hacerlo justo hoy… Bueno, ha sido coincidencia, ella no sabía nada de que venías hijo, no quería decirle nada ni echarla, claro. Sé que las cosas entre vosotros están regulares, pero hacía tanto que no venía que me ha hecho ilusión.

—Bueno, algún día tendrían que conocerse. Ven. —Agarré la mano de Carol y la conduje hasta la cocina, donde Helena esperaba sentada agarrando el vaso de zumo y mirando por la ventana—. Helena.

Ella se giró y una vez más pude ver esas manchas oscuras bajo sus ojos. Como siempre, la preocupación revoloteó por mi pecho, pero decidí echarla de ahí.

—Helena, esta es Carolina. Cariño, esta es Helena.

Carol enseguida se acercó a ella y le dio un rápido beso.

—¡Qué alegría conocerte al fin! Marcos me ha hablado mucho de ti. Ya era hora de que coincidiésemos.

Helena ni se inmutó. Intentó sonreír, pero lo único que consiguió fue hacer una mueca extraña. Estaba incómoda, aunque pareció que solo yo fui capaz de verlo. Mi madre empezó a sacar un aperitivo haciendo como si todo fuese lo más normal del mundo, Carol le decía a Helena que era guapísima y le contaba todo lo que yo le había dicho sobre nuestra amistad. Bueno, casi todo. Nunca llegué a contarle que mis sentimientos habían sido tan fuertes ni que nos habíamos acostado, aunque algo me decía que Carol tenía alguna sospecha.

—Bueno, yo tengo que irme —anunció Helena con voz queda.

—¿Tan pronto? ¿No es posible que te quedes a comer? —preguntó Carolina mirando a mi

madre quien ya afirmaba con la cabeza mostrando su apoyo a la propuesta—. Me encantaría conocer más del Marcos pequeño y adolescente.

—No, lo siento, tengo que marcharme.

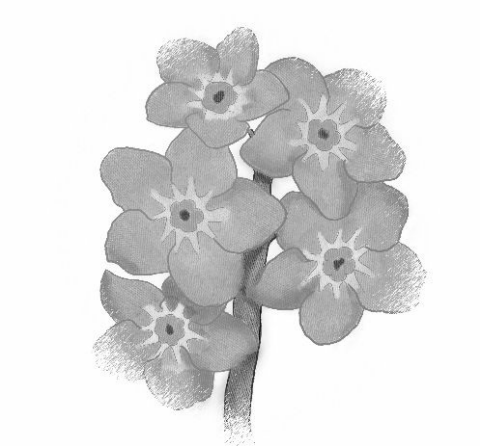
—Sí, ya quedaremos con ella mañana. Si puedes, claro —sugerí para ayudar a Helena en su huida.

—Sí, mañana tal vez.

Pero al día siguiente Helena no apareció por ningún lado.

Capítulo 19

Después de aquello fue normal que cada vez que yo volvía a mi casa Carolina me acompañase. Había congeniado bien con mi madre y se podían pasar horas y horas hablando ya que compartían gustos como el cine y la jardinería. Hasta tenía su propio rincón en el jardín y ya había plantado varias *nomeolvides*.



Alguna vez coincidimos con Helena y quedamos con ella. Ambas eran personas importantes en mi vida y deseaba que pudiesen ser amigas. No quería forzarlo, pero de verdad creía que si Helena lo intentaba —por parte de Carol nunca hubo problema— podrían llevarse muy bien. Pero Helena no lo intentaba. Cada vez que nos veíamos se mostraba distante y lo poco que hablaba lo hacía en un tono cortante y mordaz. Yo le decía con mi mirada que cesase esa actitud, pero no me hacía caso. Por suerte, Carolina no le daba importancia y seguía siendo cordial con ella.

¿Por qué actuaba así? Celos no podían ser. Ya había quedado claro que no sentía nada por mí en ese aspecto y que entre nosotros no habría más que una amistad. Además, ya había estado con chicas con anterioridad y nunca se mostró así. Dudaba de que mi pareja le cayese mal. De verdad, era imposible odiar o sentir algo negativo por Carol. Entonces, ¿qué ocurría?

Un fin de semana que fui solo decidí aprovechar y hablar con ella. Helena no tenía móvil y nunca supe el teléfono de su casa. Fui a la biblioteca, pero ese fin de semana no trabajaba. Deshice el camino en dirección a su casa y la encontré sentada en las escaleras de su porche deshojando una margarita.

—¿Podemos hablar? —Omití el saludo y mi tono sonó algo más brusco de lo que quería. Al parecer estaba más enfadado de lo que creía.

Ella simplemente se encogió de hombros.

—No entiendo a qué viene la actitud que estás teniendo con Carol. Ella no te ha hecho nada,

solo intenta ser tu amiga y llevarse bien contigo. Sabe lo importante que eres para mí.

—Yo no le he pedido que sea mi amiga. Mi amigo eres tú, aunque ya no lo parezca.

—¿Qué quieres decir?

—Lo que oyes. Me has abandonado y te has olvidado de mí. Desde que te fuiste a la universidad apenas nos vemos y ahora apareces con novia y tenemos que compartir los pocos ratos que tenemos con ella. ¿Te crees que me apetece? Pues siento decepcionarte.

No supe qué decir. Yo no sentía que la hubiese abandonado y mucho menos olvidado. Ya no éramos la Helena y el Marcos de hace años. Nuestra relación se había ido deteriorando, aunque nos hubiésemos esmerado por mantenerla. Yo me había esforzado, pero la vida nos llevó por otros caminos. ¿De verdad sentía que la había dejado de lado? Por dios, pero si estaba intentando mantenerla en mi vida, hacerla partícipe de ella, de la gente que me importaba. No, yo no lo veía así y esta vez no iba a ceder.

—¿Sabes? He conocido a mi padre. Ahora, después de tantos años —soltó de repente.

—¿Cómo voy a saberlo si no me lo cuentas? ¿Se ha puesto en contacto contigo?

—Estás demasiado ocupado —respondió tajante—. Vinieron Asuntos Sociales a decirme que quería verme. No sabía cómo contactar conmigo y les llamó.

—¿Y has hablado con él? ¿Qué quiere?

—Fui a verle a la cárcel, sí.

—¿Cómo? ¿Tú sola?

—¿Y con quién querías que fuese? Ya soy mayorcita, Marcos.

Asentí con la cabeza y me senté a su lado esperando a que me lo contase todo. ¿Qué querría de ella a estas alturas?

—Fui y hablé con él un poco, no nos dejaron mucho tiempo. Por lo visto tiene un tumor en el páncreas y no le queda mucho. —Tiró el tallo de la margarita y se encogió de hombros como si no le apenase la situación de su padre—. Verme era algo que quería hacer antes de morir. Eso y pedirme perdón por todo.

—¿Y le perdonaste?

—Para mí es un desconocido, no siento que tenga nada que perdonarle. Tampoco le guardo rencor, no sé. No tengo ningún tipo de sentimiento hacia él.

—Entiendo, supongo. ¿Te dijo algo más?

—Sí, que me parecía a mi madre.

En ese momento sentí una profunda pena. Helena no tendría que haber pasado por esto sola. Si me lo hubiese contado la hubiese acompañado sin dudar, pero decidió callárselo. ¿Era culpa mía por no haber estado más pendiente? ¿Suya por no decirlo? No sé cuándo se pusieron en contacto con ella, pero con ir a mi casa y decírselo a mi madre o llamándome desde ahí el fin de semana siguiente hubiese estado aquí para ella, para acompañarla en un momento tan importante.

Lo tenía fácil, pero había decidido dejarme a un lado, en la ignorancia. Después de veintitrés años su padre reaparecía en su vida solo para despedirse y ella no contaba conmigo. ¿Le había vuelto a fallar o ella me había hecho fallar?

—¿Estás enamorado de ella? —preguntó sacándome de mis pensamientos.

—Sí, locamente —respondí sin dudar.

Y tras esa respuesta Helena hizo lo que siempre hacía y tan bien se le daba: desaparecer tras la puerta de su casa.

Capítulo 20

—Estoy cabreado, ¿lo entiendes? —grité caminando de un lado a otro.

—Lo entiendo y por eso te digo que tienes que hablar con ella. Pero bien hablado, sin dejar que huya —aseguró Carol mirándome.

—Estoy cansado de hablar. Siempre dando el paso, intentando entenderla, mostrándole que puede confiar en mí y esto es lo que recibo a cambio. Es egoísta por su parte —suspiré mientras me sentaba en la cama del pequeño cuarto que tenía cerca del campus.

Carol se sentó encima de mí y me abrazó. Nos encantaba estar así, simplemente sintiéndonos cerca el uno del otro, sin necesidad de hablar. Olía a brisa fresca y suavizante. Olía a limpio y eso me relajaba.

—La quieres mucho, ¿verdad?

—Sí, desde siempre.

—¿Y para siempre? —preguntó bajito.

La separé de mí para poder mirarla a los ojos.

—Ya hace tiempo que me di cuenta de que tu relación con ella fue algo más fuerte que una simple amistad, Marcos. Se nota en cómo la miras. Es como si en ese momento solo existiese ella.

No lo dijo con enfado, ni con tristeza. Carol había asumido que Helena y yo teníamos una historia y tal vez la mayoría del tiempo estaba segura de nuestra relación, pero en ese momento, al verme tan molesto, su seguridad flaqueó.

—Sí, una parte de mí siempre la va a querer —admití—. Pero no es nada que afecte a lo que siento por ti. Esto, nosotros, es diferente, es sano y sienta bien.

Ella asintió con la cabeza y me besó.

—Habla con ella. No estarás tranquilo hasta que lo hagas. Si estás mal con ella estarás mal con todo —sentenció—. Hablad todo lo que tengáis que hablar, dile cómo te sientes. No te dejes nada dentro. —Llevó su mano a mi pecho, a la altura del corazón—. Y, sobre todo, dile lo importante que es en tu vida. Puede que simplemente tenga miedo a perderte, así que agradecerá saber que eso no ocurrirá.

—Pero han cambiado tantas cosas…

—Sí, pero el cariño no.

Capítulo 21

El fin de semana siguiente a mi conversación con Carol volví a casa. Bueno, no literalmente, porque ni siquiera pasé por ahí. Fui directo a la biblioteca. Tenía que arreglar las cosas con Helena porque era cierto que no podía estar así con ella. Dada la importancia que ella tenía para mí esta situación me afectaba en todos los sentidos. Había pasado la semana distraído, no había podido entregar un trabajo a tiempo y solo era capaz de pensar en cómo empezaría la conversación.

Nada más entrar en la biblioteca me metí por el pasillo de la izquierda. Los fui recorriendo todos hasta que al final la encontré en la sección de Historia Moderna. Cuando me acerqué su cara no disimuló la sorpresa por verme allí.

—¿Otra vez por aquí? Pensaba que estarías ocupado con Carol como para volver tan pronto —preguntó de forma mordaz mientras volvía a colocar en las estanterías los libros que llevaba en un carrito.

—Tenemos que hablar —dije omitiendo su comentario—, esto no puede seguir así, Helena. Tienes que decirme qué te pasa, por qué te comportas así.

—No lo entenderías.

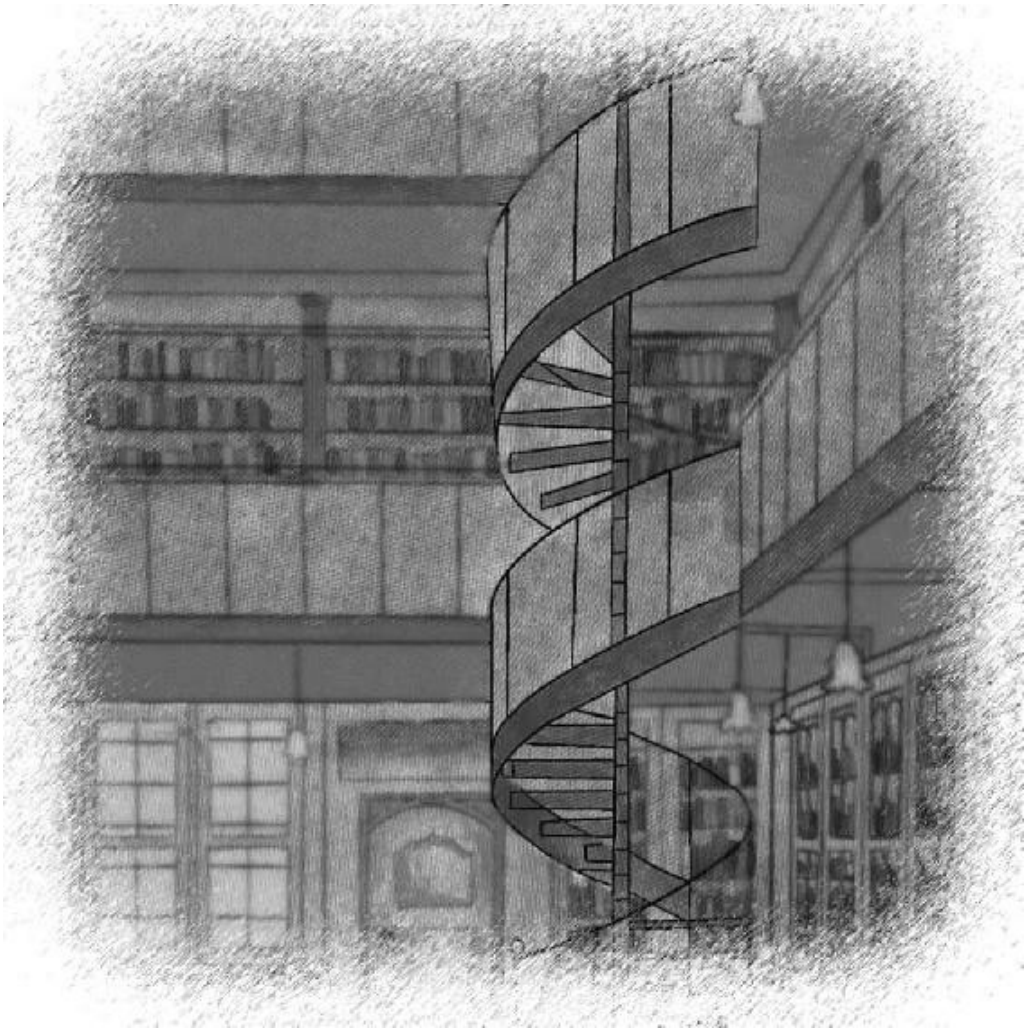
—No, si no me lo explicas no seré capaz de entenderlo. Por eso estoy aquí. Hablemos.

—Pero yo no quiero hablar.

¿En serio había respondido así? Me había hecho más de cuatrocientos kilómetros solo para hablar con ella y me salía con esas contestaciones de niña pequeña. Eso me enfureció y me hizo sentir una impotencia tremenda.

Exploté.

—¿Qué pensabas Helena? ¿Qué paralizaría mi vida por ti? ¿Qué me quedaría siempre en el pueblo por ti? ¿Qué estaría toda mi vida enamorado de ti esperando a que tú sintieses algo por mí? ¿Te parece poco todo lo que he hecho? —exclamé agarrándola por los hombros y zarandeándola para que me mirase—. Suficiente has jugado conmigo ya.



Ella se quedó sin decir nada mientras yo me tranquilizaba y pensaba en lo que había dicho. En ese momento fui consciente de algo que nunca había querido ver. Una parte de mí se sentía utilizada por Helena. Cuando nos acostamos ella sabía lo que yo sentía, sabía que, en cierto modo, que pasase eso me daría esperanzas y aun así me pidió que lo hiciera. Sin pensar en cómo me afectaría a mí. Ella nunca me priorizó, mientras que yo lo hice en muchas ocasiones. Por ella y solo por verla feliz, aunque yo terminase jodido en el intento.

Observé con detenimiento su cara. Sus labios finos fruncidos en una mueca, su mirada fija en mí, fría. En ese momento era incapaz de leer nada en esa mirada. Sus ojos tenían un verdor distinto al que solía tener. De hecho, era más azul que verde, tal vez por las sombras que generaban las estanterías. Me recordó al de esos mares del norte, índigos, profundos. Oscuros.

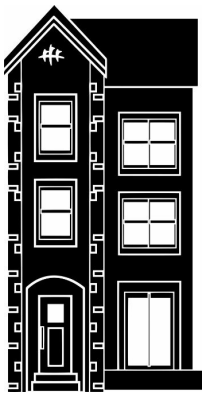
Suspiré.

—De verdad que ya no sé qué más hacer, Helena —susurré derrotado.

Ella tardó en responder.

—No puedes hacer nada, Marcos.

Presente



Capítulo 22

Hace poco menos de un mes que Carol y yo nos instalamos en mi ciudad natal. Yo echaba de menos la vida sencilla de aquí y ella no se lo pensó mucho. Otra vez su increíble optimismo le hizo creer que era una gran idea y se apuntó sin dudarlo. Hemos alquilado un pequeño apartamento y cuando digo pequeño, me refiero a muy pequeño, aunque suficiente para ambos. Una cocina abierta al salón en el que no entra mucha luz, una habitación minúscula donde solo caben una cama doble, una mesita que ya se la ha agenciado Carol y un armario y justo al lado un baño en el que a duras penas pueden estar dos personas a la vez. Pero a pesar de eso, estamos a gusto y es solo el inicio de todo lo que está por venir.

A Helena no la he vuelto a ver. Desde aquella última conversación hace casi tres años reduje mis visitas y cuando venía ambos nos asegurábamos de no coincidir. Ella lo sabía porque visitaba a mis padres con asiduidad, así que estaba al tanto de cuándo me iba a acercar y esos días evitaba aparecer.

Ayer salí de mi casa temprano, como cada día. Al bajar seguí mi rutina de recoger el correo; un montoncito de sobres que, con un rápido vistazo, vi que eran algunas facturas y un sobre blanco. Salí del portal, distraído, pensando en la reunión que tenía en unos minutos con un cliente. Repasaba todo lo que tenía que decir, lo que había preparado y me imaginaba posibles contratiempos que podrían surgir y cómo los solucionaría: que me preguntase algo que no había preparado, ver en su cara que no estaba consiguiendo mi objetivo… Iba tan absorto que una ambulancia casi me atropella. Fui consciente de la sirena cuando alguien me agarró de la chaqueta y tiró de mí hacia atrás.

—¡Dios! Muchas gracias. Iba pensando y…

—No se preocupe joven, pero tiene que ir con más cuidado.

Era un hombre entrado en años, pero mantenía una buena estatura y fuerza. Nos sonreímos y ambos seguimos nuestro camino. Vi a la ambulancia girar al final de la calle y un presentimiento extraño se asentó en la boca del estómago. Lo achaqué al susto y no quise darle mayor importancia, pero esa sensación se quedó ahí durante el resto del día.

Horas después, al terminar la reunión, había olvidado el mal presentimiento y caminaba feliz por el trabajo bien hecho y sus buenas consecuencias: había conseguido mi primer gran proyecto. Pasé por delante de la cafetería donde una vez trabajó Helena. Me quedé parado unos segundos y después me decidí a entrar a por un par de cafés para llevar y unos bollos rellenos de chocolate, los preferidos de Carol. Mientras esperaba el pedido vi que la gente murmuraba y se miraban con gesto apesadumbrado. Era algo generalizado entre todos los presentes.

—Terrible.

—Sí, trabajó aquí un tiempo…

—Era tan joven… Toda la vida por delante.

—Una desgracia, desde luego.

La dueña del bar trajo mi pedido y me fui de allí con una idea rondando mi cabeza, pero no podía ser. La ambulancia girando hacia la carretera de la casa de Helena, los comentarios… ¿Habría pasado algo?

Tuve que hacer malabares mientras buscaba las llaves en el bolsillo, pero nunca he sido muy diestro con esas cosas y al final la carpeta donde llevaba todos los papeles cayó al suelo. Cuando recogí todo vi el sobre blanco que había sacado del buzón aquella mañana. No tenía remitente, solo mi nombre escrito a mano con una ligera inclinación. Vi cómo me temblaba la mano y subí corriendo hasta el apartamento. Nada más cerrar la puerta solté todo y abrí la carta deseando que no fuese lo que creía que era.

—¿Ya has vuelto? —gritó Carol desde el dormitorio, pero yo la ignoré.

Desdoblé el folio y leí. Leí hasta que las piernas perdieron fuerza y terminé sentado en el suelo.

“Querido Marcos…”



Capítulo 23

Querido Marcos:

Supongo que para cuando leas esto todo habrá pasado. Llevo días pensando cómo hacerlo, si escribirte estas líneas o no… Ha pasado tanto tiempo que tal vez ni te interese lo que tengo que decir, es normal. Pero creo que mereces una explicación, aunque llegue tarde. También una despedida. O igual soy yo la que quiere decir adiós, pero… ¿tengo derecho? Si echo la vista atrás creo que no.

¿Sabes? Lo supe desde el principio. Desde aquel primer día que nuestras miradas se juntaron supe que tú serías lo mejor que me iba a pasar y que yo sería lo peor para ti. Sé que tú también has sido consciente de ello en estos últimos tiempos.

Desde que nos conocimos te he ido arrastrando al pozo de amargura en el que he vivido. Estaba muy rota. Tal vez más de lo que siempre he querido admitir. Y ahí estabas tú. En mi cabeza te llamaba Don Sonrisas, aunque nunca me he atrevido a confesártelo. Siempre estabas sonriendo, siempre feliz, positivo, soñador. Irradiabas una alegría que al principio hasta me molestaba. Yo estaba bien en el pozo. Me había acostumbrado a él y era tan oscuro y hondo que estaba convencida de que allí nadie podría alcanzarme. Nadie podría hacerme daño.

Se convirtió en mi refugio.

Pero ahí estabas tú. Con tu sonrisa me tendiste la mano y te empeñaste en sacarme de ahí, aunque yo te lo pusiese difícil. Supongo que, al final, es complicado negar esa mano que te quiere ayudar, ¿verdad? ¿Quién podría decirte que no? Te convertiste en mi pirata preferido. Ese que lucha contra viento y marea cuando cree que ha encontrado un tesoro. ¿Era yo tu tesoro más preciado, Marcos?

En fin… No sé en qué momento se complicó todo. Tal vez siempre fue así y los momentos buenos fueron una mera ilusión. Un respiro. Un sueño. ¿Tal vez fue cuando me dijiste lo que sentías por mí? Éramos unos críos, pero lo dijiste con un aplomo que me sorprendió. Y aquel beso torpe… Lo atesoro como uno de los momentos más dulces de mi vida. Fue tan dulce y bonito…

Eras luz en mi oscuridad. Lo vi claro en ese momento y supe que si tenía alguna posibilidad de salir de aquel pozo por completo sería contigo. Por eso te quise para mí, pero sin tenerte. Parece difícil de entender, ¿verdad? Yo no te quería de la misma forma que tú a mí, pero te tenía un cariño que había sido incapaz de tener con otra persona. Nunca he sentido por nadie lo que he sentido por ti. Por eso no me gustaba cuando estabas con otras. Eras mi amigo y el tiempo que pasabas con ellas eran minutos que restabas a estar conmigo. No te decía nada

porque sabía que no tenía derecho y porque sabía que eran pasajeras.

Desde que te fuiste a la universidad volví a descender al pozo. Los pasos que dimos hacia la salida, cuando la luz parecía más cerca… Todo se esfumó. Aunque, ahora que lo pienso, puede que empezase a retroceder antes. Sí, aquel fin de semana cuando nos acostamos… ¿Cómo describir algo que es lo mejor y lo peor a la vez? No te puedo mentir y decir que fue desagradable, pues no lo fue y me trataste tan bien… Disfruté, sí, pero también descubrí que no podría sentir eso con nadie más. Contigo pude porque confiaba en ti, sabía que funcionaría, pero sabía que no sería capaz de sentir tal seguridad con ningún otro hombre. Es como si en vez de un corazón tuviese una piedra en su lugar. Una pequeña y sin peso.

Empecé a ver negrura otra vez y cuando te fuiste, cuando vi que nuestra relación ya no era igual… El dolor empezó a ser insoportable. He intentado seguir, pero cada vez está más negro y la luz se aleja.

¿Te das cuenta de cuál fue mi error? Yo lo he sabido en este largo tiempo de reflexión que he tenido. Mi error fue convertirte en el único pilar en el que sostener mi vida, esa que ni yo misma quería mantener pero que a tu lado se hacía más soportable. Sí, ese fue mi fallo porque, a partir de ahí, te culpé por querer hacer tu vida y por no poder hacer yo lo mismo. Por no poder estar a tu lado en todo momento, por esa sensación de abandono, por verte sonreír con la mirada a otra de la misma manera que lo hacías conmigo. No eras mío y eso me dolía de una forma egoísta. ¿Qué me quedaba si no te tenía a ti? Un montón de problemas y la incapacidad para resolverlos.

Tal vez si hubiese contado todo cuando pasó y hubiese tenido un buen psicólogo en la infancia o si yo misma hubiese acudido a uno… Me lo sugeriste, ¿recuerdas? Pero estaba tan negada a ver la realidad. Pensaba que con irme de casa todo se arreglaría. ¿Crees que hubiese cambiado algo? Yo no lo sé, como ya te he dicho estaba o estoy demasiado rota.

~~No sabes lo difícil y a la vez reparador que está siendo…~~

Me enteré por tu madre de que has vuelto al pueblo y que has cogido un piso en el centro con Carolina. Es una buena chica, salta a la vista, aunque no quise aceptarlo. No quise porque sabía que ella no era como aquellas chicas del instituto. Con ellas pasabas el rato, pero seguías conmigo. Con Carol no era así. No es así. Te enamoraste y dejaste de sentir por mí. Dejé de ser una de tus prioridades. Lo notaba y me dolía. En vez de alegrarme por tu felicidad como habías hecho tú en tantas ocasiones conmigo, me enfadé por culpa de mi egoísmo.

Sé que ella te hace feliz de una forma que yo no pude, aunque me moleste que así sea, y por eso es ella la que merece estar a tu lado siempre. No yo, que te usé, te mareé, te di esperanzas, te hice sentir que eras el culpable y que hacías las cosas mal, que me habías abandonado… Oh, Marcos, qué equivocada estaba. No, tú te mereces a alguien que te quiera bien, no a una carga como yo.

Dile que lo siento.

Ahora quiero que estés tranquilo, porque estoy bien. Estaré bien y por fin podré descansar. Hace tanto que no duermo unas cuantas horas seguidas… Mientras estás leyendo estas líneas yo ya soy libre. Y tú también. Deja de cargar y preocuparte por alguien que no tiene solución ni esperanza.

Ya sabes que yo no soy muy espiritual. No creo en ángeles y demonios, pero ahora, cuando todo acaba, me veo rezando para convertirme en algo que me permita cuidarte desde donde esté. ¿Crees que será posible? Así podría redimirme por todo lo que hice mal. Tal vez esto también sea un gesto egoísta. Lo más probable es que sea un demonio y seguro que hasta ya tengo una plaza guardada en el infierno.

¡Qué injusticia! ¿Sabes lo que eso quiere decir? Que nunca volveremos a estar juntos porque si algo tengo claro es que tú eres un ángel. Mi ángel. Ojalá no haya ni cielo ni infierno. ¿Puedo pedirte un último favor? Reza tú también para que exista un lugar donde nos juntemos todos, los buenos y los malos. Un sitio con un prado cerca del mar donde reencontrarnos dentro de muchos años. Yo te buscaré y allí, bajo las estrellas, nos tumbaremos, te agarraré de la mano y mirándote a los ojos te pediré perdón.

Tu pirata,

Helena.

Epílogo

Helena puso un punto final donde antes habíamos puesto puntos suspensivos.

A la fuerza.

Por sorpresa.

Por cansancio.

Por mi culpa.

Se ha ido y la parte egoísta de mí solo puede pensar en todas las cosas que me quedaron por decirle.

Perdóname.

No he estado a la altura.

No fui suficiente.

Te quiero.

Ahora.

Y siempre.

Helena está enterrada en una tumba simple del cementerio que mis padres han pagado, porque de Fran poco hemos sabido. A veces voy, dejo alguna que otra flor y paso unos minutos allí para que no esté tan sola.

Pero, en realidad, las horas pensando en ella las paso en otro lugar a un par de horas de aquí. Junto al mar que ella tanto quería, donde se sentía bien.

Feliz.

Libre.

Completa.

No, no lo hice tan mal. Quiero pensar que le di algo que nadie más le dio: la felicidad del sueño cumplido.

Tal vez eso sea suficiente para ayudarme a vivir con la conciencia algo más limpia.

Sin ella.

Sin sus ojos de un mar enfurecido.

Sin su sonrisa. Tan deseada como escasa.

Pero con un puñado de recuerdos.

Agradecimientos

Si alguien me hubiese dicho que iba a escribir algo más además de Roma, hubiese pensando que esa persona no estaba muy bien de la cabeza. Pero aquí estoy y, ojo, porque tiene pinta de que esta vez tampoco será la última.

En esta ocasión los agradecimientos serán generalizados porque creo que quien ha estado a mi lado apoyándome lo sabe y quien no, también. Sí hago mención especial a Toscana, que me ayudó con la sinopsis. A veces, por cortas que sean, cuesta mucho hacerlas.

Gracias a todas y todos los que me apoyasteis desde antes de que Roma viera la luz. Gracias a toda la gente que lo hizo también después, que me animó a seguir, que me dijo que estaba deseando leer más cosas. Sé que esta historia no tiene nada que ver con Roma y es algo que me tiene con miedo, no voy a negarlo, pero me apetecía que viera la luz. Así, tal y como la imaginé: corta, sencilla, directa y no muy feliz.

Gracias, de antemano, a las y los que seguiréis después de leer la historia de Marcos y Helena. A las que estáis esperando la historia de Luca y Beta. A las que me seguís y os preocupáis por cómo va el proceso. A la gente que comparte por redes sociales, para los autopublicados eso y las reseñas en Amazon o plataformas como Goodreads son imprescindibles. Gracias.

¡Nos vemos muy pronto!

Sobre la autora



Silvia GarAz nació en Barakaldo en 1990, aunque ella es «bilbaina» hasta la médula. Estudió Periodismo y se especializó en Radio. No puede vivir sin chocolate ni patatas fritas y si por ella fuese lo convertiría en comida saludable para poder comerla todos los días. Entre sus hobbies están la lectura, la historia, escuchar música instrumental y ver películas y series. Buena cuenta de ello deja en su perfil de Instagram. «Ahora y siempre» es su segunda novela, la primera de extensión corta, y no descarta que haya más.

Si quieres ver material adicional de mis historias puedes visitar mi web en:

www.silviagaraz.com

O puedes escanear el siguiente código QR:

Recuerda que tu opinión es muy importante. Si tienes cuenta en plataformas como Amazon o Goodreads puedes ayudar a que más gente se decida dar una oportunidad a mis historias.



Contenido

- Nota de la autora
- Prólogo
- Colegio
  - Capítulo 1
  - Capítulo 2
  - Capítulo 3
  - Capítulo 4
  - Capítulo 5
  - Capítulo 6
  - Capítulo 7
  - Capítulo 8
  - Capítulo 9
- Instituto
  - Capítulo 10
  - Capítulo 11
  - Capítulo 12
  - Capítulo 13
  - Capítulo 14
  - Capítulo 15
  - Capítulo 16
- Universidad
  - Capítulo 17
  - Capítulo 18
  - Capítulo 19
  - Capítulo 20
  - Capítulo 21
- Presente
  - Capítulo 22

Capítulo 23
Epílogo
Agradecimientos
Sobre la autora